

---

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

---



VIRGEN DE RAFAEL.

---

..... La Sra D<sup>a</sup> Juana González de Valenzuela, esposa de nuestro querido compañero el Director de esta Revista, acaba de bajar al sepulcro después de una prolongada y cruel enfermedad sufrida con la resignación admirable que fué el sello de su vida toda.

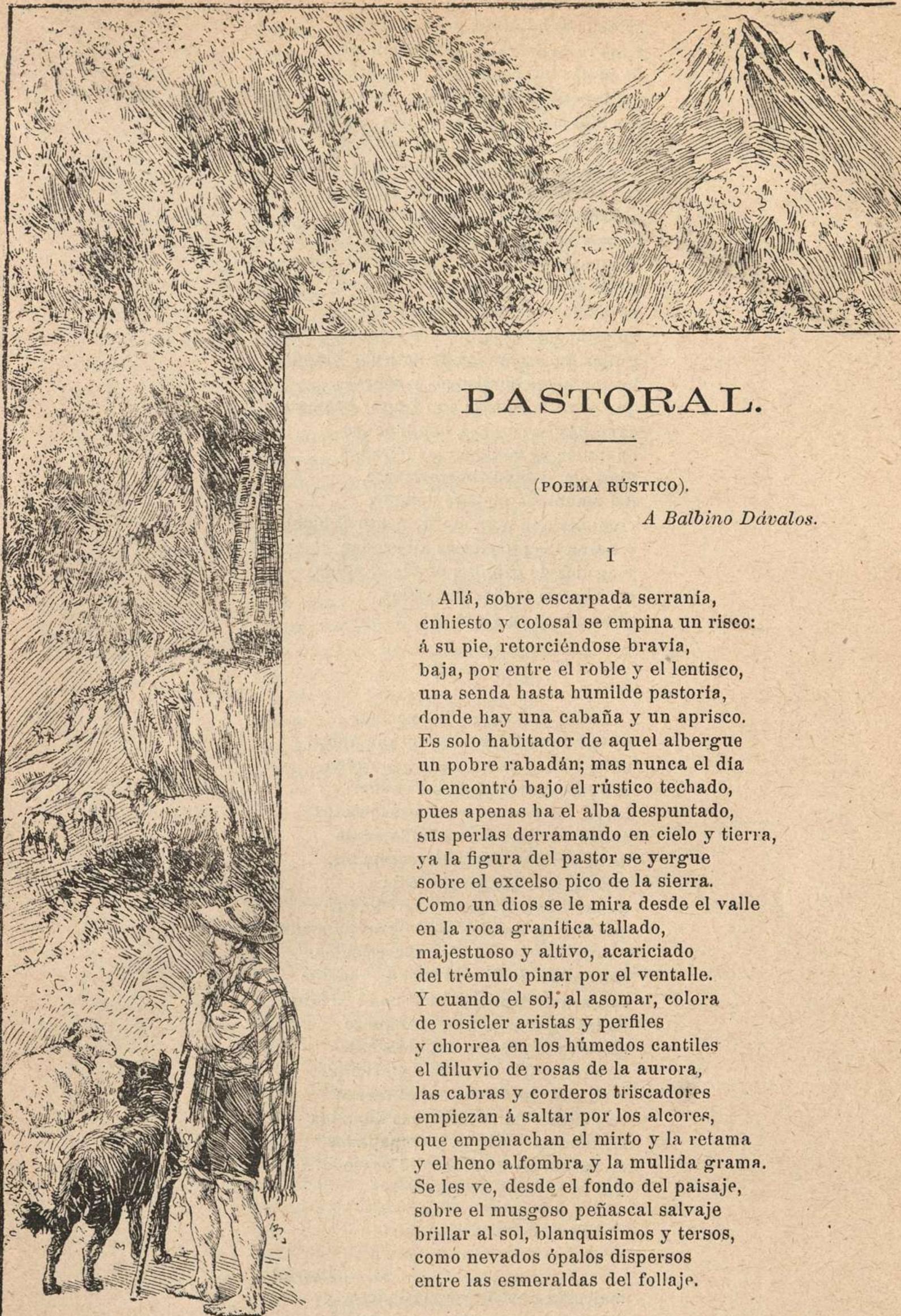
Al lado del afligido poeta que ha visto desplomarse de pronto el muro más blanco de su hogar, nosotros sus compañeros, sus hermanos, evocamos llenos de pésames la dulce figura de la amada muerta.... La vemos en el hogar, asistiendo á nuestras íntimas fiestas de arte, sonriendo complacida á nuestros entusiasmos sonoros y á nuestras discusiones hiperbólicas con sonrisa ingenua de niño cautivado por los hondos misterios y las brillantes policromías de un cuento de Hadas. La miramos disimulándose tranquilamente en la túnica blanca de su modestia, toda modestia y humildad porque jamás sospechó que sobre su frente brillaran tanto la doble corona de oro y de rosas de su virtud y de su bondad.

La vemos en sus maternales actitudes de Madonna acariciando á su último hijo, al ruiseño bambino. La miramos hilando en una rueca de marfil, las horas de la vida del hogar, fluidos y albeantes copos de lino que blandamente se deshacían entre sus manos.....

Siempre en nuestro recuerdo brillará la plácida imagen de esa buena y santa esposa del poeta, con el brillo, la tenuidad y el esplendor con que brillan bañadas por el sol en los altos vitrales las santas de la Leyenda Piadosa.

Y bien sabe el poeta Valenzuela, que no necesitamos publicar nuestro dolor ni nuestros pésames que él en estos instantes siente correr silenciosamente junto á su corazón.....

---



J.RUELAS.99

## PASTORAL.

(POEMA RÚSTICO).

*A Balbino Dávalos.*

### I

Allá, sobre escarpada serranía,  
 enhiesto y colosal se empina un risco:  
 á su pie, retorciéndose bravía,  
 baja, por entre el roble y el lentisco,  
 una senda hasta humilde pastoría,  
 donde hay una cabaña y un aprisco.  
 Es solo habitador de aquel albergue  
 un pobre rabadán; mas nunca el día  
 lo encontró bajo el rústico techado,  
 pues apenas ha el alba despuntado,  
 sus perlas derramando en cielo y tierra,  
 ya la figura del pastor se yergue  
 sobre el excelso pico de la sierra.  
 Como un dios se le mira desde el valle  
 en la roca granítica tallado,  
 majestuoso y altivo, acariciado  
 del trémulo pinar por el ventalle.  
 Y cuando el sol, al asomar, colora  
 de rosicler aristas y perfiles  
 y chorrea en los húmedos cantiles  
 el diluvio de rosas de la aurora,  
 las cabras y corderos triscadores  
 empiezan á saltar por los alcores,  
 que empenachan el mirto y la retama  
 y el heno alfombra y la mullida grama.  
 Se les ve, desde el fondo del paisaje,  
 sobre el musgoso peñasal salvaje  
 brillar al sol, blanquísimos y tersos,  
 como nevados ópalos dispersos  
 entre las esmeraldas del follaje.

### II

Sumérgese el pastor, vagando libre,  
 ya en las resplandecencias de la cima  
 ó ya en las lobregueces del barranco,  
 sin que una sola viscera le vibre,  
 ni al resbalar por la espantosa cima  
 ni al ascender por el cortante flanco.  
 Es el rey y señor de la comarca

solamente habitada por las fieras  
 y las reses salvajes. Sus dominios,  
 do jamás hubo guerras ni exterminios,  
 del ingente peñón, erguido encima,  
 con sólo un golpe de su vista abarca.  
 Vertientes quebradísimas, laderas  
 en que se junta y amalgama el verde  
 con el violeta azul, y al fin se pierde,  
 al esfumarse en las lejanas eras;  
 dorsos de piedra rígidos que enarca  
 la montaña en tremendas convulsiones,  
 al sentir el furor de los turbiones;  
 parapetos de roca amenazando  
 aplastar los ramajes y los troncos;  
 guijas que arrancan de su lecho blando  
 los torrentes horrisonos y roncós  
 que al valle ruedan con fragor bramando;  
 cavernas pavorosas, hondonadas  
 en donde se detienen las miradas  
 fijas, con estupor horrorizante,  
 del tenebroso piélago delante;  
 cumbres que irisa eternamente el hielo  
 y besan las purpúreas alboradas,  
 y agujas de granito, donde el vuelo  
 las águilas abaten fatigadas,  
 al terminar su viaje por el cielo....

## III

Abajo, la llanura, las vecinas  
 selvas; muy lejos, la ignorada aldea,  
 en el centro de un valle que rodea  
 el verde cinturón de las colinas;  
 cerca, los frescos y olorosos prados  
 en las estribaciones blandamente  
 de la agreste montaña recostados;  
 arriba, un océano: el oleaje  
 de las cimas ríscas y onduladas  
 que corren descendiendo gradualmente,  
 ya dóciles y tersas, ya encrespadas,  
 como olas en un mar que de repente  
 cuajara el Septentrión; y en el encaje  
 de las tajadas peñas, el roquero  
 risco, cual torreón del homenaje  
 de un castillo fantástico y severo;  
 y en el último término, al escaso  
 resplandor de la tarde, las llanadas  
 silenciosas y tristes, y empapadas  
 en las cárdenas tintas del ocaso ...  
 Tal es el reino del pastor.

## IV

Impera,  
 majestad absoluta y verdadera,  
 sobre aquella región, casi perdida  
 y extraña de los hombres á la vida;  
 pero donde otra vida omnipotente  
 del seno augusto de la tierra brota,  
 como alma inmensa por el aire flota  
 y do la madre universal se siente  
 rayo en el éter y en las auras nota.  
 Bajo aquel dilatado firmamento,  
 nada el poder vivificante turba  
 ni suspende el eterno movimiento.

Desde el hondo nivel de la planicie  
igual y recta, hasta la excelsa curva  
trazada en la cerúlea superficie,  
todo es fuerza y calor, todo es aliento.  
La tierra ardiente se desborda en olas  
de resonantes hierbas y corolas  
y, cuando empieza á modular el viento,  
los himnos de su agreste sinfonía,  
circula de la sierra por la espalda  
un divino temblor. La selva umbría  
que festonea la sinuosa falda,  
esponja muellemente su ropaje  
de pomposo y verdísimo follaje,  
como una ala de trémula esmeralda;  
y, so las frondas vírgenes, el grano  
y la yema y el óvulo que duermen,  
se despiertan al soplo soberano  
¡y todo vibra en la explosión del germen!  
Nada yace en la calma y el reposo:  
donde un átomo alienta, hay un sonido,  
un estremecimiento portentoso,  
ya brisa, ya huracán. . . . ¡siempre latido!  
Al rodar, de las cumbres desprendido  
sobre los campos, en fecundo riego  
el torrente, seméjase á un coloso  
que se despeña furibundo y ciego;  
y, mientras el espacio enrojecido  
arde, como una bóveda de fuego,  
y reverbera el sol en las opacas  
moles de piedra, por el bosque añoso  
aún se siente pasar el poderoso  
aliento de las ondas genesiacas.

## V

Entonces, bajo el oro que el verano  
difunde, como polen infinito,  
á cuya influencia se madura el grano,  
amarillea el césped en el llano  
y el musgo se reseca en el granito,  
el pastor, con el alma estremecida,  
responde, una por una, á las potentes  
y raudas pulsaciones de la vida;  
el sol canicular su sangre abrasa  
que, por las anchas venas, á torrentes  
con ritmo libre y vigoroso pasa;  
y del espacio en la candente lumbre  
clavando la mirada, y en los rojos  
paisajes por las siestas abrasados  
que surgen á lo lejos, tras la cumbre  
de la montaña azul—inmensos prados  
de secos hierbazales y rastrojos,—  
siente, cual un sacudimiento enorme,  
penetrar en su alma la grandeza  
de aquella tropical naturaleza  
y la salvaje majestad. Informe  
va esfumándose el cuadro ante sus ojos  
y, levantando entonces la cabeza,  
para explorar los vastos panoramas  
del monte y la profunda lejanía,  
trepa de un viejo tronco por las ramas,  
y en la ardiente explosión del medio día  
lo cubre el sol con su dosel de llamas.

## VI

Todo parece reposar en torno,  
 al estival influjo del bochorno:  
 desde la base y áspera pendiente,  
 hasta la cumbre adonde apenas pudo  
 llegar la planta humana. En indolente  
 actitud yace el bruto. Desmayado  
 el sonoro follaje cuelga mudo,  
 cual harpa abandonada, y en el prado  
 se tiende á sestear, blanco y lanudo,  
 bajo la sombra, el triscador ganado.  
 Sólo en las hondonadas más abruptas,  
 donde las fuentes gárrulas borbollan  
 y, dulcemente susurrando, arrollan  
 blandos líquenes y ovas incorruptas,  
 el recio leñador, casi desnudo,  
 hiende los troncos jadeando. El eco  
 á los golpes retumba, ya apagado  
 por la distancia, ya vibrante y hueco.  
 Y parece temblar la cordillera  
 y estremecerse el soto y la campaña,  
 como si á cada hachazo se sintiera  
 latir el corazón de la montaña.

## VII

En las tardes azules, cuando otoña,  
 el pastor se recuesta sobre el césped  
 en lo más alto de la sierra, donde,  
 tañendo su tristísima zampoña,  
 oye que la torcaz, eterno huésped  
 del robledal, á su canción responde.  
 Y en las de invierno, diáfanas y frías,  
 cuando el rayo postrero resplandece,  
 ante las azuladas lejanías  
 abismado y absorto permanece.  
 Allá, cual vaga niebla, la profunda  
 masa de otras extensas serranías  
 ven sus ojos de águila. Más lejos,  
 semejando un celaje que se inunda  
 del crepúsculo gris en los reflejos,  
 una línea sutil, visible apenas:  
 ¡la ancha faja del mar! Hacia otro lado,  
 de un valle en el confín, las rancherías  
 dispersas entre páramo y sembrado,  
 frescos lagos y cálidas arenas;  
 y en el extremo, aún por el sol bañado,  
 donde van á morir las dos cadenas  
 de montañas, confuso y esfumado,  
 ve el triste solitario de los montes  
 —á mirar lo infinito acostumbrado  
 y á espaciarse en los vastos horizontes,—  
 cual un manchón opaco y ceniciento,  
 el ruin y miserable hacinamiento  
 que forma la ciudad: ¡tapias y muros,  
 y palacios, y templos, y obeliscos,  
 que anonada, en los términos oscuros,  
 la triunfante grandeza de los riscos!  
 Y divisa el pastor, con la mirada  
 que hiende, poderosa, los espacios,  
 las torres muy pequeñas, los palacios  
 aún más pequeños. . . ¿y los hombres? . . . ¡Nada!  
 Y, buscando á sus ansias más anchura,  
 alza los ojos. . . . Ya del sol fulgura

sólo un rayo glorioso, en el instante  
 que se hunde en ocaso agonizante....  
 Lo azul, lo inmensamente azul, se pierde  
 en la infinita lontananza verde;  
 tiembla la luz, se funden los colores  
 en la comba del éter; un residuo  
 de la lumbrere del sol, con resplandores  
 flavos enciende el horizonte occiduo.  
 Y de pie, sobre el risco que es su trono,  
 ve el soberano, en místico abandono,  
 en sus dominios acabarse el día  
 y la noche empezar, vaga y sombría....  
 ¡Hora augusta y sagrada!—El sol esparce  
 su oro ya muerto en los flotantes velos  
 que á ras del cerco horizontal condensa,  
 para encajar en él, como un engarce,  
 la divina turquesa de los cielos  
 y de los campos la esmeralda inmensa.

## VIII

Deja, entonces, su trono de granito  
 y baja por la senda, silencioso  
 y en honda paz. La noche y lo infinito  
 le hablan en derredor, mas no al reposo  
 lo invitan, que su alma aún se halla abierta  
 á ese clamor profundo y misterioso  
 de las cosas brotado, como un grito  
 del Universo; grito prepotente  
 que á una vida sublime nos despierta  
 y pone al corazón de Dios enfrente.  
 Para aquel olvidado sin amores,  
 á quien sólo natura da sus flores,  
 la noche es una madre: inmensamente  
 lo acaricia y acógelo en su seno,  
 siempre de sombra y de ternura lleno.  
 Sopla el aura á su oído mansamente,  
 suspirando canciones y querellas  
 y, cuando para orar alza la frente,  
 clavan en su pupila transparente  
 sus dardos de diamante las estrellas;  
 y lo inunda en su etérea catarata,  
 las noches diafanísimas de junio,  
 el tenue polvo azul, azul y plata,  
 en que envuelve á la tierra el plenilunio:  
 ó bien, cuando en los montes se desata,  
 desde el alto crestón hasta el ribazo,  
 el viento bramador y enfurecido,  
 la noche para él tiene un latido  
 y un arrullo de amor, en su regazo.  
 ¡Noches de santo horror ó indefinible  
 misterio: ya reinéis claras ú oscuras,  
 mira el alma en vosotras lo invisible,  
 para sentir después, hondo y terrible,  
 el vértigo de Dios, en las alturas!

## IX

Hay, en las soledades estrelladas  
 de aquellas noches, una inmensa y triste  
 serenidad. Cuando la luna llena  
 baña la sierra en ondas plateadas,  
 el pico enhiesto de esplendor se viste  
 y se incrusta en la atmósfera serena.  
 Como un diluvio la blancura llueve

y queda el aire convertido en ampo,  
 el agua en perlas y anegado el campo  
 en luminosos átomos de nieve.  
 Entonces, más que nunca, desbordadas  
 las recónditas ansias que en el pecho  
 se agitan del pastor, siempre tranquilo  
 y humilde, pero nunca satisfecho,  
 al exterior asoman, condensadas  
 en profundas y límpidas miradas,  
 que se remontan hasta el almo asilo  
 de los mundos sin fin. Mientras reposa  
 el cuerpo laxo sobre duro lecho,  
 en la divina cúpula radiosa  
 —dejando lo finito de la tierra,—  
 libre ya de misérrimos pesares,  
 el levantado espíritu se encierra. . . .  
 Sólo el cielo en las noches estelares,  
 cuando brillan los astros á millares  
 y á millares se agrupan, ocultando  
 el ancho velo de zafiro; cuando  
 forman islas sin playas en los mares  
 eternos del espacio. . . . ¡sólo el cielo,  
 que es reposo inmortal de todo anhelo,  
 con sus fulgores y tristezas calma  
 el anhelo ardentísimo de una alma  
 plena de inmensidad! . . . .

## X

La noche cae

y reinan las tinieblas pavorosas.  
 Hay vértigo en el alma de las cosas,  
 porque el horror, como el abismo, atrae.  
 Mas el pastor descansa. Ningún peso  
 viene á oprimir su corazón de justo;  
 ningún vestigio en su semblante impreso  
 ha dejado el dolor. Silencio augusto  
 impera en torno de él y, mientras duerme,  
 su perro en vela está y el mal, inerme.  
 Reposo en calma. La diurnal tarea  
 ya pronto volverá, pues tras el monte  
 una indecisa claridad blanquea. . . .  
 Ya en las cumbres destácase el granito.  
 Ya se bañan de azul el horizonte  
 y el alma. . . .

¡Oh, Infinito! ¡Oh, Infinito! . . . .

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Este poema es propiedad de la «Revista Moderna» y están asegurados los derechos correspondientes.



DE RAMOS MARTÍNEZ.

## M. TAINÉ.

## LA PSICOLOGÍA LITERARIA.—EL ARTE Y LA HISTORIA.

Hablamos de un gran disector de almas. Filósofo, crítico de historia, artista, M. Taine es uno de los espíritus más vastos y equilibrados que ha producido la selección intelectual y moral en una raza fecunda. Este hombre, *amante de zoología moral*, para quien las obras de arte «están catalogadas por familias en las bibliotecas como las plantas y los animales en los museos;» este hombre, que, á semejanza de Spinoza, reduce á fórmulas algebraicas el genio, la locura, la gloria; este implacable investigador de la verdad que encierra en silogismos de hierro la epilepsia revolucionaria, es también un poeta, un enamorado del color y de la armonía, que ata sus catálogos con los listones de Iris y cubre sus fórmulas y silogismos con lujosos mantos de metáforas.

—Estudiemos una faceta de su personalidad.

La transformación de la *Critica* de arte,—de dogmática en histórica, de preceptiva en científica,—iniciada en Francia por el talento claro y simpático de Sainte-Beuve y por el genio profundo del agrio Stendhal, se consuma definitivamente por los estudios de Taine, que ordena los materiales aislados y enlaza las ideas dispersas en un sistema filosófico, severo y bello.—La ductilidad del sentimiento estético, el don de «plegarse á las metamorfosis intelectuales,» es lo que constituye un temperamento de crítico. Criticar, en el sentido moderno de la palabra, es comprender cualidades opuestas á las cualidades propias, ideales diferentes de los ideales preferidos, abarcando con la simpatía todas las manifestaciones del arte, desde los himnos rotundos

de los Homéridas hasta los satánicos acordes de los dolorosos poetas de la Decadencia. Si la diversidad de los espíritus es un hecho comprobado; si no hay una sola manera de sentir y de expresar la belleza; si los brotes del arte, como las flores, son productos del *medio*, y el *medio* varía de región en región y de pueblo en pueblo; el crítico no puede condenar ó absolver en virtud de un canon absoluto, no puede escribir al pie de un cuadro, en el soporte de una estatua ó en la carátula de un libro, el precepto inapelable de la *Retórica*; su deber es otro, investigar los hechos generadores de un tono de luz, de una ondulación de línea, de una voluptuosidad de frase; en una palabra, estudiar la *zona moral* en que ha germinado, sombría ó radiosa, el alma de un pintor ó de un prosista. Para la crítica sólo hay hechos, causas y leyes.

¿Qué busca Taine en las hojas rugadas de un pergamino? Busca una alma. El fraile que trazó con mano tranquila ó febril esas líneas, amorosas como una plegaria ó fascinantes como una tentación, vive en ellas con la vida inacabable del pensamiento: se confiesa en su intimidad al psicólogo, le describe su celda, su sayal, su convento, y le dice sus dolores y sus esperanzas, lo que piensa de la vida y lo que sueña de la muerte.—¿Qué busca entre las finas ilustraciones de una *miniatura Guillaume*? También busca una alma, la de un poeta moderno que le platique tristezas de opio, pesadillas bordadas con las hebras de oro de la estrofa, blasfemias, misticismos, anhelos del Fausto que palpita en el hombre del siglo, y que lo haga estremecer con un

*estremecimiento nuevo* despertando en la lira neuróticas sonatas.

Y Taine, en presencia de los hechos literarios, establece la ley de su producción por medio de las siguientes gradaciones: así como las palabras, las frases, las páginas del pergamino ó del libro aristocrático están ligadas para formar un todo harmónico de pensamiento, el libro entero es un hecho que ligado á otros integra la obra total del escritor; esta obra, á su vez, forma parte de un agregado artístico más vasto, la obra de una generación de literatos que por comunidad de tendencias constituyen una escuela especial; y por último, esta generación está comprendida en el gran agregado, en la gran masa, en la raza entera. *La Débâcle* de Zola integra la serie de los *Rougon-Macquart*; esta serie forma parte de la producción literaria de una familia artística, la familia *Realista*; y finalmente, esta familia está comprendida en un gran grupo social, la raza francesa. La obra literaria, en último análisis, es producida «por un estado general de los espíritus y de las costumbres». El artista respira la atmósfera de ideas y de sentimientos de su pueblo: en los dramas de Zorrilla está todo el carácter español, y en los romances de Prieto todo el carácter mexicano.

¿Por qué esta poesía es serena como la mirada de Helios? Los horizontes en perpetua calma, azules como la onda madre de Afrodita, envuelven en una gloria de luz los correctos pórticos de los templos y las virginales desnudeces de las estatuas de mármol. Allí viven los hombres bellos «á quienes la epopeya homérica atribuye ya—según la frase del profesor Paparrigopoulo—el equilibrio armonioso de las facultades, que es el principio mismo del arte introducido en la vida real.» Pasan el día en los baños, en los gimnasios, en los juegos que son ceremonias y en las ceremonias que son juegos; los divierte el divino Aristófanes en el teatro y bajo los laureles sagrados sus almas liban miel de los labios de Platón. «Atenas, ciudad brillante, inmortal, coronada de violetas,» dirá Píndaro en una poesía serena y riente como la mirada de Helios.—¿Por qué las neblinas rebujan á este *lieder*? Mirad los horizontes encapotados y las gasas de vaho que flotan sobre los témpanos del mar del Norte como sudarios prendidos en esqueletos de hielo. Así, como esos horizontes y ese mar, son las almas; así, misteriosa y vaga, es el alma del poeta.

La obra de arte expresa estéticamente un estado moral: la pincelada suave ó violenta, la actitud serena ó atormentada, el adjetivo delicado ó brusco, exteriorizan una sensación de color, de línea, de frase, y una manera especial de procedimiento; y anotando y coordinando las diversas sensaciones del artista en el *proceso* de un libro ó de una pintu-

ra, llega el psicólogo á representarse el estado de alma que produjo la *Kermesse* de Rubens ó los *Descansos* de Espinel. Este estado de alma proviene del vastísimo medio en que vive el artista, de la *zona moral* que nutre su espíritu con las savias populares. El crítico tiene que hacer obra de historiador: estudiando la raza, el tronco primitivo de donde arrancan las ramificaciones, teniendo en cuenta las influencias del suelo y de la atmósfera, y los contactos internacionales, se formará idea de la estructura del espíritu público; estudiando los fastos, las crónicas, los libros de hacienda y los libros de cocina, se formará idea de las costumbres, de la vida activa del pueblo en las plazas, en los cafés, en los teatros, en los salones y en las alcobas. Si tiene el *sentimiento de la historia*, si convierte los hechos en imágenes, un pincel mágico trazará en su espíritu, como en un lienzo, á *Carnaval* con su antifaz de seda y su traje chillante, sacudiendo los cascabeles del cucurucho y los cascabeles del chiste; á *Baco*, tambaleándose, con el manto impúdicamente desceñido, entre parejas que bailan, rien y se besan; á la monja arrodillada, clavando sus ojos de fiebre en las llagas del Redentor; al marqués de alba peluca, saludando con correcta caravana á una marquesa de ideal sonrisa. Para efectuar estas resurrecciones históricas, es preciso ser un artista, es preciso ser dueño de la vara de virtud que abre el césamo de los archivos.

Ahora bien, en la naturaleza, los caracteres variables están subordinados á los caracteres estables; la naturaleza es la escuela del artista, y éste debe fijar en la obra haciéndolo dominante, un carácter esencial. Por este signo se conoce á los genios. El arte de *moda*, es el que copia en la novela ó en la comedia tipos y costumbres de un día, lo que vive la vida de un sombrero á *la Judic*, de un peinado á *la Capoul* (caracteres variados), pasa, muere con las costumbres y los tipos que lo produjeron. Obra inmortal será la del artista que logra apoderarse—con la inconsciencia del genio—de los elementos irreductibles, de los caracteres profundamente humanos, fundiendo los tipos sociales en un *Tipo* y las almas en una *Alma*, soplando vida al eterno limo con el aliento de Dios.

Taine, bello, armonioso, flexible, es un genio simpático que alumbra con la lámpara de Aladino los tesoros de la historia y del arte.—No murió atormentado con las pesadillas de los círculos dantescos, no: amaba los himnos aurales de la Grecia, los Juegos de los hombres, las Risas de los dioses. ¡Qué importa que haya muerto! «Toda vida es uno de los momentos de la naturaleza, todo sér una de sus formas; y las series de las cosas descienden de ella, en virtud de indestructibles necesidades, ligadas por los divinos anillos de su cadena de oro.»

JESÚS URUETA.



DE RAMOS MARTÍNEZ.

## ALBA MÍSTICA.

(DE «EL FLORILEGIO.»)

### I

La noche en las vidrieras del monasterio  
 Tiende velos de sombras y de misterio...  
 Con amantes abrazos cubre la hiedra  
 El helado regazo de dura piedra....  
 El crepúsculo tiembla; la noche umbría  
 En sus claustros profundos detiene al día.

### II

Ya mi pecho te siente... tú eres la hiedra  
 Que abraza temblorosa la dura piedra.  
 Tú eres la enamorada de la ruina!  
 El horizonte negro ya se ilumina.  
 Ya vuelven á mi pecho los ideales  
 Mientras que el fulgurante Sol, los cristales  
 Del monasterio baña con luces vivas  
 Y aparecen los santos en las ojivas!

JOSÉ JUAN TABLADA.

## UNA PASION DE CIEGO.

PARA ALBERTO ITUARTE.

El cafetín, aunque pequeño, era bastante animado, en la noche sobre todo. La concurrencia componíase en su totalidad de estudiantes que discutían, cantaban, fumaban silenciosos ó requebraban sencillamente á las sirvientas.

Cada mesa tenía sus clientes habituales; en un rinconcito donde se elevaba un gran escudo azul y plata, atravesado por dos remos, se reunía un club de los más afamados en los lagos de Suiza y aun en el Rhin. En otro, eran alumnos de la Universidad ó socios de la *Tiguria*, con el rostro lleno de cicatrices y cortaduras que ostentaban orgullosos. En el mostrador sonreía con una eterna sonrisa de melancolía, de tristeza y de abandono tal vez, una insignificante criaturita, pálida, delgada y sin formas, de un rubio casi blanco; sus ojos cansados, miraban con cierta envidia á alguna de las *kellnerin* más solicitadas y agasajadas por los estudiantes.

Yo ignoro por qué circunstancia me había acostumbrado á esa cervecería y conocía perfectamente sus costumbres: sabía que diariamente, al sonar las ocho en el *cu-cu* que pendía de la pared, coincidiría perfectamente la salida del animalillo emplumado de azul y rojo para cantar las horas, con la entrada de un joven de aspecto enfermizo, tísico al parecer, que avanzaba lenta, pero seguramente, hasta el piano, que se hallaba colocado en el fondo sobre un estrado. Y digo seguramente, porque los ojos del joven enfermizo se hallaban cerrados á toda manifestación de claridad; sus pobres ojos jamás habían visto y tal vez no verían nunca nada. Momentos después, y contrastando con la modestia del pianista, hacía su entrada, estudiada siempre, un rubio rizado como un peluquero de barrio, con gran corbata y sombrero de alas exageradamente anchas; se retorció el bigote y miraba petulantemente á los concurrentes, dirigía miradas de inteligencia á las sirvientas, hasta que llegaba al estrado, y con mil precauciones ridículas, tomaba su violín. Sabía que algunas veces, con motivo de una fiesta, de la cerveza nueva, de la navidad ó el día del año, tendríamos una orquesta en forma, ó bien unos citaristas bajados de los Alpes austriacos, con sus pantalones cortos, sus chaquetillas de colores y sus sombreros tiroleses; sabía también que esos días dejarían las *kellnerin* el habitual traje de alpaca negra, para vestir la enagua hasta el tobillo y el talle bordado y lleno de cadenas de plata; en las cabezas se les veían tocados diferentes, según los cantones de la Helvetia.

Pero como el cafetín no era rico, ni grande, ni tenía contratos con las grandes cervecerías de Munich, nos contentábamos con poco y pacientemente escuchábamos la monotonía de piezas repetidas indefinidamente. El rubio del violín se colocaba lo

más á la vista posible, quería hacerse admirar y aplaudir; con ademanes rebuscados y femeninos colocaba sobre su hombro el instrumento, atormentando largo tiempo á las cuerdas y á los oyentes antes de empezar; empleaba maneras parodiadas—pues no eran otra cosa sus imitaciones—de celebridades, fingía estremecerse al tirar del arco é indignarse cuando el sonido no le satisfacía. Con un movimiento imperativo daba sobre la balaustrada un golpe seco que hacía incorporarse bruscamente al ciego, y la música comenzaba, agradable algunas veces, cansada las más por las fugas inexplicables é inoportunas de ese violín. Luego el *Maestro* dejaba de tocar durante dos ó tres números, en que abandonaba todo el trabajo al ciego, con regocijo de los oyentes. Después de que éste tocaba, con mucho más sentimiento y ciencia que su enfático compañero, una de las *kellnerin* pasaba un platillo por las mesas y cada uno arrojaba en él lo que le parecía. Lo reunido se ponía en manos del ciego, á quien el rubio de los rizos veía con exagerada compasión, pues él no recibía oh! no! él estaba contratado, era el *kappel maister* (?)

Mucho tiempo oí indiferente los vals, mazurcas y polonesas de los dos musiquillos, mirando revolotear á mi alrededor las cabecitas rubias ó morenas, los talles negros y los delantales blancos de las *kellnerin*, que desde lejos sonreían, llevando apresuradas cuatro ó cinco tarros de cerveza, que levantaban alto para no chocar y verter; ahí casi todos tenían su predilecta y algunas veces, cuando cambiaban el servicio de mesas, sucedieron algunos disgustos, pues los adeptos de una querían seguirla y los que habitualmente ocupan esas mesas no siempre consentían en cederlas.

Una vez, cuando ejecutaba el ciego, no sé quién, un hombrecillo desconocido, me dijo al oído: «Ha observado vd. cómo ejecuta? Se ha fijado vd. qué cosas tan originales y extrañas toca á veces? Debe tener talento.» Y estas simples palabras hicieron que yo me fijara más en él y que poco á poco fuera interesándome cada vez más, hasta llegar á fijarme en detalles que me hicieron sorprender una pasión lamentable y conmovedora.

Durante mucho tiempo cualquiera *kellnerin*, indiferentemente, era la encargada de hacer la colecta para el ciego, pero desde varias semanas atrás una pequeñita, fina, hermosa y recién entrada, era la que había tomado para ella ese cargo, que por demás no satisfacía mucho á sus compañeras. Así, pues, nadie se lo disputó. Cuando noté esto, creí tendría algún parentesco ó alguna liga con él. Un día se lo pregunté.

—No—me dijo—aquí lo he conocido, pero es un pobre y hay que quererlo. Debe ser tan desgraciado!

Una buena muchacha—me dije—que pronto se cansará de perder propinas por ayudar al ciego.

Confieso que fui completamente injusto, puesto que el celo de Lina, lejos de decaer, fué aumentando cada día. Con aquellos con quienes tenía confianza, insistía para que se aumentara lo dado, y más de una vez la sorprendí colocando en el platillo monedas de su propia bolsa, ó bien distraída y desatendiendo su trabajo por escuchar alguna sonata.

«Singular chica para su clase—pensaba yo—compadece á un pobre ciego hasta perjudicarse un poco y se fija en la buena música. De dónde habrá venido?»

Automáticamente, cuando el *cu-cu* asomaba para lanzar sus ocho gritos, mis ojos se volvían á la puerta para ver entrar al pianista. Su aspecto me era cada día más simpático; á pesar del duelo y la frialdad que le daban sus ojos apagados, había en él expresión de dulzura y de inteligencia. Lina, que con su instinto de mujer había observado ó adivinado que yo la acompañaba en su interés, me decía á veces:

—Qué pensará de nosotros sin conocernos? Se figurará cómo es una mujer bonita?

—Piensas si se figurará cómo eres tú, verdad?—respondía yo para reír mientras ella se alejaba bromeando.

Se figuraba el ciego de nacimiento, con los ojos enteramente cerrados, á la belleza y á la forma, como era ella? No lo sé, pero sí sé que la amaba y he aquí en qué circunstancias llegué á conocerlo:

Una noche, como llegara más tarde de la hora acostumbrada, encontré ocupadas las mesas donde ordinariamente me sentaba y que eran donde ella servía; al recorrer con la vista el salón, distinguí junto al estrado una pequeña y desocupada tal vez por ser para una sola persona; fui directamente á ella. Desde ahí distinguía perfectamente al músico y pude ver con qué delicadeza, religiosidad tal vez, tocaba en ciertos momentos las teclas de su instrumento. Veía sus manos largas, afiladas, manos extrañamente conformadas de tísico, veía el contraste de la blancura de esas manos de virtuoso con la negrura de las teclas del piano, y veía también cómo en su rostro y en su gesto se desarrollaba el sufrimiento y la pasión que trataba de arrancar al sonido.

Cuando terminó y se apoyó en la balaustrada para descansar un poco, le ofrecí un vaso de cerveza que aceptó.

—El autor de la composición que acaba vd. de tocar, quién es?—pregunté.

Sus mejillas, tan pálidas, tan blancas, se colorearon y con timidez, con cobardía casi, contestó débilmente:

—Oh! no tiene, son niñerías, improvisaciones hechas para variar algo—y luego, como para disculparse—es tan conocido ya lo que tocamos.

Improvisaciones, Dios mío! esos arranques de pasión y de dolor tan patéticamente y con tanta maestría armonizados!

Decididamente el hombrecillo para quien Lina recogía monedas de diez ó veinte céntimos, no era un cualquiera, oh, no! Y precisamente en esos mo-

mentos llegaba Lina, contenta y ligera porque las monedas abundaban en el platillo. Al verme, hizo señal para que yo también diera algo, pero fingí no comprender, sintiendo, sin explicarme por qué, una particular repugnancia, ó más bien, vergüenza al dar limosna á ese hombre.

Ella le tocó al hombro, y como si ese contacto hubiese tenido el don y la fuerza de una chispa eléctrica, se volvió de un solo movimiento, rápido y mecánico. Sus manos fueron directamente á la de ella, que había colocado el platillo sobre el piano, y la acariciaron largamente con delicadeza, con amor. El rostro todo del pobre pianista estaba por completo cambiado; había tal transfiguración en sus facciones, que ignoro por qué extraño fenómeno, hasta sus mismos ojos producían la impresión de unos ojos despiertos y vivos. Después de un momento, en el que Lina sonrió no sin dejar de enrojecer un poco, por mi presencia tal vez, se desprendió suavemente y se alejó murmurando un «vuelvo,» lleno también de promesa y de afecto. Cuando iba á salir del estrado, el violinista la detuvo, y por más que ella tratara de desasirse, él no la soltó hasta decirle cuatro ó cinco impertinencias un tanto groseras. El brazo del ciego, que se hallaba apoyado en la balaustrada, temblaba fuertemente; su rostro estaba más pálido que nunca.

Desde ese día, con mucha frecuencia fui á sentarme frente á la solitaria mesilla, cerca del músico, y muchas veces charlé con él durante los reposos. El pobre hombre había encontrado en mí alguien á quien confiar todos los desconsuelos y las negruras de su alma. Con voz cuyo acento impresionaba y retenía, me hablaba de su vida solitaria, en la que no había ningún sér que lo amara. Desde muy pequeño lo habían lanzado á la lucha, á debatirse como pudiera en esas tinieblas, que eran dobles para él, puesto que no había una mano cariñosa que lo guiara, dispersándolas en parte con frases amantes. Y desde entonces había rodado, dando tropiezos, pasando hambres y noches frías, paseando por tabernas y bailes públicos su cuerpo, carne de sufrimiento.

Cuando Lina llegó al cafetín, la suavidad de sus manos y de su voz al tender la limosna, sus frases cariñosas, como él no las había oído nunca, lo habían turbado y trastornado por completo. Para él, aquello fué una revelación, algo como si la luz se hubiera hecho en su noche. Jamás criatura alguna lo había tratado de esa manera, y en su imaginación se formó, creció resplandeciente, una figura ideal é incomparable. Cándidamente me la pintaba con frases líricas y coloridas, «mucho más hermosa debe ser, no es verdad?» Y con un suspiro muy hondo, en el que iban todos los deseos irrealizables, toda la angustia del imposible, concluía dolorosamente: «Ah, si yo no fuera ciego!»

«Hay veces—me decía—en que quisiera ver un momento, un instante solamente para verla, para tenerla fija siempre, para que fuera la única imagen que mis ojos hubieran visto; y creo que voy á ver, me hago la ilusión de que mis ojos se abren, y es una ansiedad al hacer el esfuerzo, al esperar el momento en que ella aparezca! . . . »

Otras veces el temor de que otro la amara y de

que ella correspondiera, hacía temblar la palabra en sus labios. Ingenuamente y con inquietud me interrogaba rogándome le dijera la verdad. Yo alimentaba su ilusión, pensando sin embargo que Lina, como las otras, volaría un día para ir y revolotear alrededor de los caprichos de los veinte años: á veces me hacía reproches. ¿No sería más loable y caritativo hacer ver al desgraciado la realidad? ¿No sería mejor matar bruscamente esa pasión que nacía, antes de que tomara cuerpo y lo dominara torturándolo y ahogándolo tal vez? Más tarde los reproches se convirtieron en remordimientos, pero entonces, quién hubiera tenido valor para arrancar lo del único sueño luminoso de su obscura existencia?

Lina, por otra parte, no parecía cansarse, sino al contrario, su piedad aumentaba, tenía frases cariñosas, se interesaba por los actos y la vida de su protegido, respondía á sus estrecheces de manos, y á sus palabras tiernas. Hubo un momento en que llegué á preguntarme cuál era en realidad la actitud de esa muchacha: ¿Coquetería, afán mujeril de encender pasiones no importa dónde ni en quién? ¿Se burlaba del desgraciado? ¿Se sentía orgullosa ó le agradecía esa pasión discreta, tímida, humilde, sin exigencias ni molestias, cariño sumiso de perro á su amo y quería corresponder conservándole su ilusión? Nunca pude saberlo: amarle era imposible; era demasiado joven y demasiado hermosa para un sacrificio semejante. . . . sin embargo! Un día, paseando por los bordes del lago ya lejos, al llegar casi á la punta del *Zurichorn*, los encontré juntos; ella, sin temor de que la viesen y la ridiculizasen, lo guiaba, indicándole los peligros, evitando las piedras y librándolo de los tropiezos; le hablaba de cosas que lo hacían sonreír y ha sido esa la sonrisa en que mayor beatitud y más completa dicha he visto. Mi asombro fué tan grande que me dudé: Quién sabe! ¡Hay tanta anomalía en el corazón humano!

En la noche pregunté á Lina si con frecuencia lo acompañaba. «Es la segunda vez, me dijo, y ya he tenido que arrepentirme. Figúrese vd. que ya no quiere salir con el chiquillo que lo acompaña, sino para lo muy indispensable, creo que sólo para venir aquí. Le han gustado los paseitos conmigo.» El confirmó lo dicho por la *kellnerin*, y al decirme lo su voz temblaba. «Sí, decía: es tan buena, que no le ha importado mostrarse ella bella, bella, al lado de un pobre ciego. Es muy buena, muy buena. Y con su voz honda y melancólica. . . . ah! si yo no fuera ciego,» que á veces en sus confidencias se repetía como un ritornello doloroso.

El golpe seco y autoritario del arco del violinista lo llamó á su sitio; al sentarse en el banquillo se volvió hacia mí. «Para ella,» me dijo, y tocó como muy pocas veces lo había oído. No sé si era la sugestión de sus palabras, pero en su música yo oía frases tiernas y agradecidas, y el lamento, ese constante lamento que subía en sus conversaciones, la desesperanza de no poder verla y de no poder poseerla á causa de su incurable deformación. Era el grito del que ve un sueño ó un destino abortado; era tal vez el grito del naufrago que no alcanza el madero donde asirse. Lloraban y agradecían las no-

tas, lloraban diciéndole ternezas ó gemían en un constante llamamiento hacia ella.

Los concurrentes, poco acostumbrados á esos elevamientos, pues muy rara era la vez en que el ciego se desbordaba, se miraban y miraban al estrado creyendo que habían cambiado de músico. El hombrecillo que por primera vez llamó mi atención, murmuró al pasar junto á mí: «Cuando yo decía que ese hombre tenía talento! Cómo ha ejecutado, eh? Voy á preguntarle quién es el autor de ese soberbio canto.» Y fué una de las contadas veces en que en esa sala resonó un aplauso, sin que nunca hasta entonces hubiera sido tan sincero ni tan entusiasta. «Eso fué hecho por tí y para tí, Lina,» le dije, y enrojeció al tiempo que sonreía orgullosa: el músico, que oyó mis palabras, enrojeció también, añadiendo á media voz: «Es nuestro paseo del jueves.» Pst, hizo ella, llevando un dedo á la boca con una precaución completamente inútil, al tiempo que se alejaba corriendo; al pasar junto al pretendido *Kappel Maister*, éste la detuvo de un brazo, diciéndole en voz alta: «¿á cuándo nuestras nupcias, chiquita? . . .

El pianista palideció otra vez y quiso dar un paso. El golpe seco del arco lo llevó al piano.

El violinista aquel, farsante y empomado, sentía un singular placer de hombre mezquino y nulo en atormentar á su subalterno. Comprendía la superioridad de éste, y si no quería comprenderla, oía demasiado los aplausos. Jamás sucedió que cuando su violín sonaba hubiera la menor señal de contento ó aprobación, y hacía pagar este justificado desdén del público al infeliz ciego. Antes de la llegada de Lina, eran regaños y burlas; pero después, cuando comprendió lo que ésta había llegado á ser para él, se sintió lleno de satisfacción, pues tenía una arma más y cuán preciosa en sus manos; tenía el instrumento de tortura más delicado, y alcanzó en su maldad grados tan altos en la escala de la perversidad como éste: acababa de salir Lina y el inquisidor de nuevo cuño platicaba con un estudiante; alabó éste la belleza de la *kellnerin* y entonces, con voz desdeñosa, despreciativa más bien, contestó él con su habitual énfasis: «Val! poca cosa; pregúntemelo vd. á mí que la conozco tanto y tan bien.»

En el alma profundamente amorosa y llena de respeto para ella del ciego, estas palabras, el acento con que eran dichas, caían como plomo derretido. Conoció el desgraciado todas las quemantes torturas de los celos. Me hablaba de sus noches de duda y desesperación. «Yo qué le puedo decir? qué le puedo preguntar? Quién soy yo para ella? . . . . Dicen que él es hermoso y galante, yo sólo soy un ciego hurraño y salvaje, que sólo con mi piano puedo entenderme, él sí me comprende: sin embargo, á veces siento como si mi sangre toda ardiera y debo contenerme para no saltarle al cuello. . . .»

Yo procuraba tranquilizarlo. Hablé á Lina y entonces se me reveló bien mujer.

—Celoso,—exclamó sonriendo—tiene gracia!

Tiene vd. un arma? me preguntó una noche lluviosa el ciego, y en su voz tranquila creí oír la firmeza de las grandes decisiones.

Lina desapareció una triste tarde al comenzar el invierno. Hacía tiempo que la veía en coloquios demasiado íntimos con un estudiante de patillas rubias y cara cortada en varios lugares. Hacía tiempo que el ciego se quejaba del cambio de Lina sin atreverse á llamarla. «Me abandona, decía, y rabiosamente señalaba al violinista. Había tomado en serio las fanfarronadas del necio y cada día estaba más convencido de que había relaciones entre ambos. Sus desesperaciones y sus angustias aumentaban, y si en otro tiempo imploraba un rayo de luz durante un momento para poder ver á la que amaba, ahora pedía una arma y un instante de valor: «no puede ser mía, lo comprendo, pero tampoco será suya.»

Lina desapareció una triste tarde de invierno y desde entonces la tranquilidad murió para el ciego; olvidaba su dinero, se volvía á cada momento creyendo oír sus pasos ó su voz; la ansiedad no abandonaba nunca su rostro.

«Estará enferma, volverá, le decía yo para consolarlo.» Una de tantas veces me interrumpió con voz agria: «no, me dijo señalando al violinista, *él* le ha prohibido que venga; *él* lo ha dicho. Quise convencerlo de que el miserable mentía; pero todo fué inútil. La idea había entrado en su cabeza, las apariencias la confirmaban y el odio, el inmenso odio que había nacido en su alma, se lo hacía ver así.

Cuando no tocaba permamecía en su asiento sin hablar, sin moverse, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si una idea fija que mucho le pesara le impidiera el ocuparse en lo más mínimo. Cuando tocaba, las notas iban de un lado á otro, al azar, como querían. Diariamente había necesidad de reconvenirle por sus repetidas distracciones.

Habían pasado ya muchos días desde que Lina había desaparecido. Yo, por costumbre solamente, seguía sentándome en la solitaria mesita, puesto que el músico de nada ni de nadie hacía caso ya. Ese día, sin embargo, me habló; parecía animado, contento, sin atreverme á preguntárselo; pensé que la había visto: me extrañó, sí, que hablara tanto, su verbosidad era exagerada; nunca lo había visto así.

Dos ó tres números del programa habían pasado cuando al dar el violinista el insolente golpe de arco sobre la balaustrada, el ciego se volvió y con rapidez inaudita, en un movimiento asombroso de precisión, del que nadie pudo darse cuenta, estaba sobre el rubio. Los ví luchar un momento, ví la palidez y el espanto del fanfarrón y cuando las gentes acudían para separarlos, ya el ciego estaba vencido. El otro era fuerte y distinguía todos los movimientos; con ademanes teatrales y con gran alarma y escándalo enseñaba un cuchillo afilado que había arrancado de las manos del infeliz á quien habían maniatado como á un hombre muy peligroso.

«Una pulgada más y me asesina, clamaba el char-

latán. Sólo mi sangre fría me ha salvado. Merece la horca.»

Lo imprevisto y lo injustificable del ataque, el no haber encontrado móvil alguno, las respuestas trastornadas é incoherentes del ciego que tenía momentos de verdadero delirio y grandes exasperaciones nerviosas, hicieron que se le tomara por loco. Fué encerrado en un manicomio y nada volví á saber de él durante mucho tiempo.

Una noche de carnaval, concontrándome en un salón de baile público, mis ojos tropezaron con la mirada de Lina que cenaba en compañía del estudiante de las patillas, en una mesa contigua á la mía; me reconoció, me presentó con su amigo, hablamos. La veía yo con su traje de golondrina que en ese momento se me autojaba una ironía, sin poder dejar de pensar en el otro, en el que tal vez la llamaba y pedía verla desde su celda de alienado. La miraba yo y mi mirada la inquietaba sin duda pues no podía estar tranquila un momento. Adivinaba mi pensamiento? leía algún reproche en mis ojos? veía como yo la pálida figura, las manos blancas y sin sangre corriendo sobre las teclas negras, veía los arrebatos, los entusiasmos, oía los gemidos de ese piano que lloraba por ella y la llamaba?

Al fin no pudo contenerse:

—Y el ciego? dijo vacilando.

Yo tuve una frase estúpida y cruel.

Al ciego, así como la naturaleza lo privó de la luz, de los campos y de lo bello, la Srita. Lina, cuya belleza era lo único que él deseaba ver, lo privó de la razón.

—Oh! no! interrumpió, sonrojándose y después de un silencio.

—Además, ya no sufre; lea vd. el *Tag Blat* de anteayer.

Como la música rompiera en una estrepitosa danza, el jóven acompañante de Lina me saludó cortesmente y se alejó llevándola á la sala. Yo me quedé sólo, pedí el periódico indicado, y ahí, en un simple párrafo de gacetilla leí, lleno de angustia, el doloroso párrafo, un banal párrafo de gacetilla con sus visos de réclame, anunciando que el ciego que en un momento de demencia había intentado asesinar al *Kappel Maister* (?) del Café Hungaria, después de algunos meses de reclusión en los que fué atentamente observado, había sido puesto en libertad en vista de que su razón parecía haberse equilibrado por completo; *desgraciadamente*, el mismo día de su salida un nuevo ataque lo había hecho arrojar al *Lim-mat* sin que hubiera sido posible salvarlo.

Así, pensaba yo, dió fin á su desventurada pasión por la bella sirvienta el pobre ciego, sumergiéndose en unas tinieblas más hondas, envolviéndose en un frío no mayor que el que durante su vida llevó en el alma, quizás haya encontrado la paz.

Cuando atravesaba la sala para salir, Lina bailaba rabiosamente unas cuadrillas.

Octubre de 1899.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

## SPIRITA.

A. M. K.

Como flor que, de noche todavía,  
el cáliz tiende á la invisible aurora,  
así vuelves tu frente soñadora  
al sol oculto del incierto día.

¿Por qué huyendo del siglo en agonía  
buscas, joven sibila encantadora,  
en la sombra la luz reveladora  
y la vida en la muerte muda y fría?

De allí, de donde lo irreal empalma  
con la verdad, caerás á este planeta;  
que aun de tu cielo místico en la calma,

Al contagio invencible estás sujeta  
de esa neurosis mágica del alma  
llamada *amor* por el primer poeta.

JUSTO SIERRA.

## AT HOME.

(DE JEAN LAHOR).

Aleja ya tu espíritu intranquilo  
Del insondable abismo de las causas  
De donde vuelve, quien audaz le aborda,  
Pálido el rostro y hosca la mirada.  
Terrible y negro es ese mar . . . . regresa:  
La amante, abierto el corazón, te aguarda.

\*

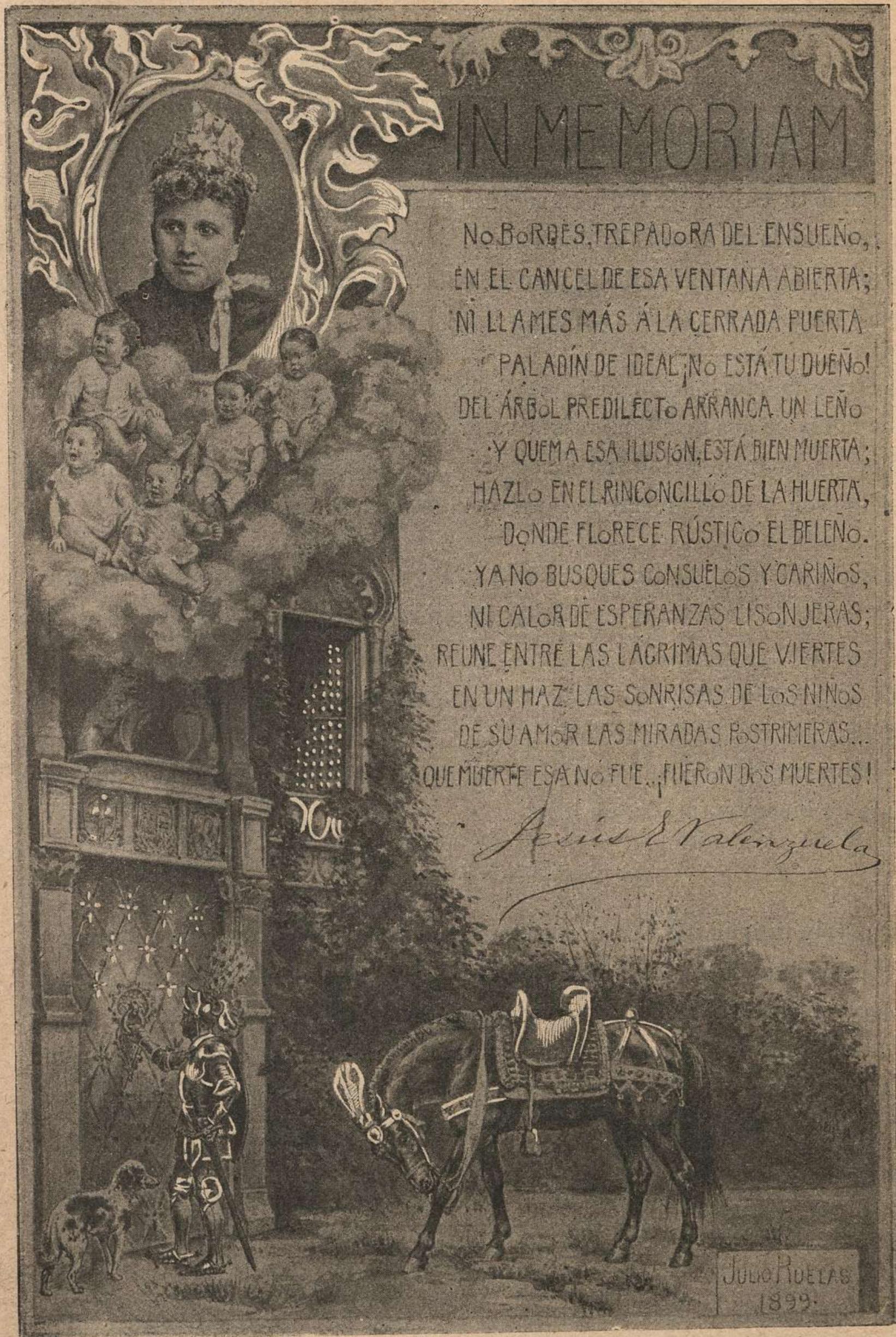
Sueña, contempla, adórala y olvida  
Buscando entre sus brazos seductores  
La tumba ó la prisión, y haz de su cuerpo,  
De su carne que al beso te abandone,  
De sus ojos sin par de golondrina,  
Tu apacible y magnífico horizonte.

Tú no puedes ser dios, y bien ¡sé hombre!  
Y sólo ante el misterio de sus ojos,  
Al trémulo fulgor de sus miradas,  
A la luz matinal que, poco á poco,  
Entreabriendo sus párpados, te envía,  
Sumérgete en ensueños vagarosos.

\*

No pienses más en el destino humano:  
Busca el aroma turbador é intenso  
Que su belleza—adormidera blanca—  
Deja escapar del palpitante seno;  
Busca el sopor de su ternura y bebe  
Como si fuese el agua del Leteo.

BALBINO DÁVALOS.



# HOMENAJE.

(A LA SRA. JUANA GONZÁLEZ DE VALENZUELA).

---

Porque tu existencia fué una seráfica oblación que ardió castamente hasta ser consumida en aromas de incensario.

Porque eras misericordiosa y en la vida caminaste prodigando con liliales manos las azucenas de la virtud, oh lirio!

Porque la alucinación de la verdadera fe se incorporó á la esencia de tu alma rubia en sus más luminosos avatares.

Porque tu maternidad fué amorosa y ferviente como la de las santas que concibieron, y serenamente augusta cual la flava luz matutina, oh lirio!

Porque al levantar tu vuelo hacia el Primer Móvil flotaste sobre el dominio transitorio de la muerte poseída íntegra por las contriciones de los selectos espíritus.

Porque fuiste un vaso adamantino guardador inviolable de los afectos ingenuos y las eminentes piedades.

Porque las Siete Virtudes, cual siete diamantes magníficos, diademaron tu frente de bienaventurada, oh lirio!

## ENVÍO.

Que este tulipán morado decore los abiertos brazos de tu cruz, culminando su cápsula á modo de flamescente gema, en el pálido efluvio de los plenilunios!

Que este tulipán morado parezca uncioso sobre el alabastro de tu huesa, mientras el viento autumnal, como enlutado estradivarius, exhala á la sordina su trémolo deshecho en cantos y elegiacas voces, oh lirio fulminado en el Jardín Elíseo de las almas dilectas!.....!

*Circe  
B. Caballo.*

## RUBEN DARIO.

Sanguíneo, recio y de talla aventajada, Rubén Darío parece ser el punto de intersección de dos razas que hubiesen fundido su sangre en un solo tipo. En el rostro moreno adviértese la sosegada fiereza de un araucano, templada al amor de los bosques andinos, y en la musculatura de púgil, el vigor indomable que los celtas han transmitido á los vascos. En el mirar de sus ojos oscuros se transparenta la nativa reserva de su carácter, avivada por la tristeza de la expatriación. Al verle tan recogido y taciturno, sospéchase tener delante uno de esos hombres que no ceden jamás á los estímulos de la intimidad. Los comunicativos, los locuaces, padecemos de veras cuando la casualidad nos avecina con un hombre como Rubén Darío. No sabe uno qué decir, ni por qué cauces llevar la conversación para ponerse á tono con él. Y no obstante lo dicho, el ilustre poeta americano dista mil leguas de ser un hosco. Yo lo he comprobado la primera vez que hablamos. Palpita en sus palabras un respeto tan sincero del arte, que inmediatamente dan ganas de absorberle de sus adusteces de carácter. El artista originalísimo, profundo en su ideal religiosidad, borra la esquiva silueta del hombre y vierte sobre su interlocutor perfumada ola de simpatía. ¿De qué hablamos? De libros, de literatos, de obras, de Buenos Aires, la hermosa capital argentina que guarda en sus calles la huella de mis tristezas de vagabundo, de teatros, de mil cosas; de todo. Antonio Palomero, el tierno é ingenioso escritor, hizo mi presentación.

De allí á poco leímos juntos una balada de Oscar Wilde—*La prisión de Reading*—lamento desconsolador de un voluptuoso, un grito del alma que re-

sume en sus estrofas, toda la amargura del *Ecclesiastés*. . . . Yo conocía á Rubén Darío á través de sus libros. Su personalidad literaria—su instrumentativa que diría Raimundo Lulio—me era familiar. Orfebre de la rima, como Teodoro de Banville, sabe también moldear su prosa en el estilo sobrio y pulcro de Solís y Flaubert. Pongo adrede al autor de *Salammbó* junto á nuestro gran clásico, para explicar mejor el original hibridismo de la pluma de Rubén Darío. En las páginas del escritor americano, ya sean de prosa, ya de verso, nótase un desprecio estudiado de las formas tradicionales, ineficaces para contener la esencia de su pensamiento. En el libro *Azul*. . . todo es castizo, ático, de inadulterable cepa quevedesca. Los cuentos que se titulan *El velo de la reina Mab*, *La canción del oro* y *El rubí*, parecen ideados por Baudelaire—recuérdense sus poemas en prosa—y escritos por D. Juan Valera. En *Prosas profanas* asoma ya el innovador audaz, ante quien se desploman las murallas de la vieja preceptiva. Sin alejarse del latín, Rubén Darío ingiere en su literatura giros raros, palabras unas veces arcaicas y otras del más atrevido exotismo. Y siempre con fortuna. El gran artista acopia sus flores en campos ignorados, y con ellas teje coronas para la Belleza. Joubert lo ha dicho en alguna parte. Las palabras se iluminan cuando el soplo del poeta les trasfunde fósforo y conservan su sentido como los sonidos, aun después de aisladas. Diríase que son á la vez palabras luminosas, de oro, de perlas, de diamantes y de flores. . . .

La frase de Joubert define la estética de Rubén Darío.

(España).

LORENA.

## LUNA.

El lago. En las arenas de la orilla largas lengüetas de agua entierran sus bordes puntiagudos. Aquí y allá rocas dentelladas con anchos colgajos de lama y árboles casi en esqueleto, de moribunda verdura, de torcidos varejones. A lo lejos, la cabaña iluminada por el resplandor humeante de una hoguera que se refleja en el agua como mancha de sangre. Cielo de invierno—pureza italiana en su azul—en cuya sedosidad abren las estrellas, enjambre de abejas luminosas, sus alas tremulantes. La superficie del lago, friolenta, se escama en estremecimientos de plata. En la puerta de la cabaña una

mujer, de lleno envuelta por el rojo vivo de la hoguera. Su sombra se proyecta enorme sobre el tapiz de hojarasca. Entre una columnata de negros troncos, una forma oscura se acerca á grandes zancadas: es el hombre; lleva en su espalda un tercio de leños. Lo descarga la mujer, él frota sus manos sobre la lumbre. Se abrazan. Contemplan la lejanía. Vuela sobre sus cabezas una caída de hojas marchitas. Ella, extendiendo el brazo, le señala con el dedo en el horizonte un nimbo de luz difusa, un filete brillante: la luna aparece, lenta, brotando del fondo del lago como burbuja de oro.

JESÚS URUETA.



ESTUDIO DE J. BATTÀ.

## LA LEYENDA BLANCA.

---

Rojos halos que invadís el horizonte  
 En los vívidos crepúsculos de fuego;  
 Resplandores de los trópicos distantes  
 Como llamas pavorosas de un incendio,  
 Nube errante que atraviesas el vacío  
 Como el ala de un arcángel somnolento,  
 De un arcángel combatido por el Odio,  
 Desterrado de la Thule del Ensueño;  
 Oso triste de los páramos enormes,  
 Oso mudo de los páramos desiertos  
 Que dormitas al arrullo de los antros  
 Y despiertas al crujido de los témpanos;  
 Sopro frígido de valles misteriosos,  
 Vagabundo de los límites extremos,  
 Que recibes la caricia de los polos  
 Y conoces el sentido de los Sésamos;  
 Foca insomne, centinela de lo ignoto,  
 Atalaya del peñón siempre en acecho;  
 Fuerte albatros que fustigas la borrasca  
 Con el látigo sonoro de tus remos,  
 Y la espuma de las glaucas ondas bebes  
 Y te burlas de las iras de los piélagos;

En la bruma de los círculos polares  
 Narraciones de los rudos marineros,  
 Con el hacha de abordaje á la cintura  
 Y enigmáticos tatuajes en el cuerpo;  
 Narraciones de piratas y forbantes  
 Donde sangran los fatídicos recuerdos  
 Con el vivo y acre olor de la matanza,  
 Con el rictus de los blancos esqueletos;  
 La leyenda taciturna referidme,  
 La leyenda taciturna de los hielos,

\* \* \*

En la triste región de las nieves,  
 En la fosca región de los vientos,  
 Que ora gimen salmodias extrañas,  
 Ora silban y rugen coléricos,  
 Audaz se alza un palacio flotante  
 Sobre frustras mesetas de hielo,  
 Que parecen sillares tallados  
 Por titanes en bloques inmensos.  
 Torrecillas y agujas radiosas,  
 Cual cimera de dardos aéreos,  
 Le circundan y surgen sus muros  
 Semejantes á dólmenes célticos.  
 Mil antorchas alumbran las salas  
 Del extraño palacio siniestro  
 Donde todo enmudece, y tan sólo,  
 Con profundo, terrible silencio,  
 Un sombrío monarca se yergue  
 Sobre fúnebre trono sangriento,  
 Que sostienen—cariátides torvas—  
 Dos estatuas: la Muerte y el Miedo.  
 A su izquierda, el inmóvil verdugo  
 Junto al tajo fatídico erecto  
 Mira al Rey, fijamente, apoyado  
 En el mango del hacha de acero,  
 Pielas blancas le cubren los hombros,  
 Blancas barbas le cubren el pecho,  
 Y le ciñe la frente rugosa  
 una tosca diadema de hierro,  
 Como víbora negra enroscada  
 En el áspero tronco de abeto.  
 Tiene un ojo de ciclope extraño,  
 Tiene un ojo de ciclope tétrico,  
 Y una lágrima roja pendiente  
 En el livido párpado trémulo.  
 Cuando agita la lengua de bronce,  
 Su palabra repiten los ecos,  
 Y en la trágica noche, las brumas  
 En redor del palacio siniestro  
 Se levantan.... y giran.... y pasan,  
 Como ronda callada de espectros.

\* \* \*

Una pálida forma se acerca  
 Como nébula errante de incienso,  
 Se desliza sin ruido sensible  
 Con un vago contorno de ensueño.  
 A la luz que la luna tamiza  
 Por las altas ojivas de hielo,  
 La princesa creyérase un lirio  
 Transformado por hondo misterio,

O la leve falena encantada  
 Que se yergue de un cáliz abierto.  
 Tiene grandes pupilas de ágata  
 Con azules cambiantes eléctricos,  
 Tiene el paso hierático y grave  
 Con que van las vestales al templo,  
 Parece hecha de nieblas y espumas  
 Con el raso de todos los pétalos,  
 Con el ala de todos los cisnes,  
 Con el alma de todos los besos.  
 Es un canto la voz en su labio  
 Y parece, al influjo de un genio,  
 Encerrar lo divino y lo humano  
 Como dos hemistiquios de un verso.

\* \*

Oso blanco de las márgenes salinas,  
 Taciturno morador de las escarchas,  
 Oso rey de las estepas cristalinas,  
 Fiel amigo de las ráfagas marinas  
 ¿A qué rumbo te diriges? ¿Dónde marchas?

La polar estrella azul reverberante  
 Ya no acechas tras las brumas, impaciente,  
 La polar estrella azul, que el navegante  
 Ve en el norte, como límpido diamante  
 Ruti'ando de la noche en la alta frente.

Ya no afilas en el hielo tus colmillos  
 Que relucen en tu boca cual puñales,  
 No fulguran ya tus ojos amarillos,  
 Cuando lucen con sus cuádruples anillos  
 Las magníficas auroras boreales.

La princesa del palacio silencioso  
 Ama, y sueña con un príncipe lejano,  
 Con un príncipe de yelmo luminoso;  
 ¡Llora y ruge, llora y ruge, amante oso,  
 Que si lloras y si ruges, será en vano!

\* \*

Está pálida, muy pálida y sombría,  
 Como lánguido nenúfar, la princesa;  
 Ha soñado con un príncipe lejano  
 Rey de una isla solitaria en las postreras  
 Latitudes de los mares tenebrosos.  
 Con un príncipe que vaga por la selva  
 En salvajes potros negros, con las crines  
 Desplegadas en el aire, cual banderas,  
 Con un príncipe de grandes ojos claros,  
 Frente altiva y abundosa cabellera  
 Que en los pálidos crepúsculos de otoño  
 Creyó ver á la distancia, entre las nieblas,  
 Manejando su trineo centellante  
 Arrastrado por diez renos de Siberia.  
 Con un príncipe que canta un himno extraño  
 Con el ritmo de una vaga melopea,  
 Mientras corren tras las martas zibelinas  
 Los azules, raudos zorros de la estepa,  
 Y el armiño immaculado, silbadoras,  
 Van veloces dando caza sus saetas.

\* \*

Larga noche de diez meses va en el Polo  
 Sus penumbras pavorosas extendiendo,

Larga noche de diez meses donde brillan  
 Cual fatídicas antorchas los luceros,  
 Cual fatídicas antorchas de un sepulcro,  
 De un sepulcro cuya lápida es de hielo.  
 Ya los musgos y los líquenes marchitos  
 Desde el árido peñón cuelgan sus flecos,  
 Como fúnebres crespones olvidados  
 En la tapa ennegrecida de los féretros.  
 Silban, rugen, las tormentas proteiformes  
 Bajo el rígido acicate de los vientos,  
 Y jaurías de famélicos lebreles  
 Van aullando en los salvajes ventisqueros,  
 Y un fantástico jinete va en las nubes  
 Sobre el ala membranosa de un murciélago,  
 A la lumbre de fosfóricos relámpagos  
 Redoblando los timbales de los truenos.  
 En legiones, cual las águilas oscuras  
 Avanzando de los últimos linderos,  
 Corren nieblas fugitivas. Un sudario  
 Extendido sobre el mundo son los cielos,  
 Y cual monstruos que las olas arrebatan  
 Y que giran sobre círculos concéntricos,  
 Van pedazos de montañas desprendidos  
 Como náufragos bajeles gigantesos,

\*  
\* \*

Rompe, á veces, el mutismo  
 De la lívida comarca  
 Una voz, como el suspiro  
 De una cítara lejana,  
 Que en las móviles neblinas  
 Transfuma vapor de lágrimas,  
 Un acento que dijérase  
 Impregnado con el ansia  
 Nebulosa, y el ensueño  
 Del país de la nostalgia.  
 Es la princesa que sufre,  
 Es la princesa que canta  
 La canción de los hastios.  
 Es la princesa Yolanda,  
 Que dice el *lied* de los sueños,  
 Y con sus dedos de nácar  
 Hace estremecer las cuerdas  
 Melancólicas de un arpa,  
 Como aquellas esculpidas  
 En las hayas centenarias,  
 Que hicieron gemir los últimos  
 Viejos bardos de Finlandia.

\*  
\* \*

«Pregunto á las olas  
 Errantes y solas,  
 Si han visto un esquife  
 Surcando la mar;  
 Las olas huyendo  
 Responden gimiendo:  
 —¡De míseros nautas dirá el huracán!  
 A tierras ignotas  
 Las blancas gaviotas  
 Retornan buscando  
 La bruma glacial.  
 Las aves se alejan  
 Veloces, y dejan

Agudos graznidos de espanto al volar....  
 El grito lejano  
 Del ronco océano  
 Funestos augurios  
 Parece entonar;  
 Sollozan los vientos  
 Con vagos lamentos:  
 ¡Las naves que parten no vuelven jamás!  
 Y nieblas, y mares,  
 Evocan pesares,  
 Tristezas esconde  
 La espuma fugaz;  
 Extienden los cielos  
 Fatídicos velos,  
 Y viste la noche su manto espectral!>

\* \*

Un sol lánguido, difuso, mortecino,  
 Se abre en lo alto, cual un ojo somnolento:  
 A sus rayos el paisaje cristalino  
 Reverbera como lago diamantino,  
 Que recuerda los tesoros de Adalino  
 Y las gemas del Endriago azul del cuento.  
 Perspectivas solitarias, silenciosas,  
 Dan la imagen sugestiva de lo eterno,  
 Con auroras boreales prodigiosas  
 Y fantásticas parhelias vaporosas,  
 Que semejan sideral lluvia de rosas  
 En la frente encanecida del invierno.

\* \*

Cuentan los viejos lobos marinos en sus veladas,  
 Cuentan los viejos lobos marinos que, allá en el Polo,  
 Lánguidamente, sus abanicos agita Eolo  
 Sobre praderas embalsamadas,  
 Praderas virgenes, en donde sólo  
 Duendes y gnomos el musgo inclinan con sus pisadas.  
 Que hay un mar libre—cuentan los viejos lobos marinos  
 Que hay un mar libre—sin tempestades y sin horrores  
 Y en sus riberas yérguense alcázares elefantinos,  
 Con cien columnas de marfil blanco sobre las flores.  
 Cuentan los viejos lobos marinos que la fragancia  
 Sentir creyeron de capitosos raros pensiles,  
 Que se esfumaron, como por arte de nigromancia,  
 En las ligeras brumas sutiles  
 Cuyos jirones siembran los vientos á la distancia.  
 ¿Fué de los viejos lobos marinos una quimera  
 Forjada en tristes horas siniestras de desencanto,  
 O la nostalgia de tibios soles de primavera  
 En las adustas noches polares, llenas de espanto?  
 Allá, en lo alto del palacio silencioso, la princesa  
 Con su pálida hermosura sumergida en el misterio  
 De la luna, que la envuelve con su encaje vaporoso,  
 Como un ópalo irisado que ilumina el firmamento,  
 La princesa está soñando en el príncipe que adora—  
 Con el príncipe lejano de la región de los ensueños,  
 Rey de una isla solitaria sepultada entre las brumas  
 En los últimos confines del inexplorado piélagos.  
 Con el príncipe que ciñe los flotantes rizos rubios  
 Con la fimbria luminosa, resonante de su yelmo,  
 Y que viene de remotas latitudes insondadas  
 Devorando las estepas en su rápido trineo.  
 Diez rengíferos agitan las campánulas de plata,

Las campánulas de plata suspendidas en sus cuellos  
 Y azuzados por la fusta, mueven ágiles los cascos,  
 Azuzados por la fusta que maneja el caballero—  
 Mientras canta un himno runo, y á compás de sus estrofas,  
 En las mudas soledades va despertando los ecos.

\*  
 \* \*

«Los guerreros,  
 Los guerreros de Walhalla luminoso  
 Como espigas en los surcos van cayendo:  
 De la encina de Igdrasil entre las hojas  
 Se oye el áspero graznido de los cuervos.  
 De los hijos de la bruma  
 Resplandecen los escudos y los yelmos—  
 Mientras pasa el hidromiel en cuerno de oro  
 Y fulguran las espadas de los bárbaros guerreros.  
 «Roja sangre,  
 Roja sangre brota á chorros de los pechos  
 Y el feroz Odin sonríe en su palacio,  
 De las anchas cicatrices de los muertos:  
 Y parecen las heridas del combate  
 Rojos labios entreabiertos—  
 Y el feroz Odin sonríe en su palacio  
 Escuchando el himno ronco de los pálidos guerreros.  
 «Caen las sombras,  
 Caen las sombras como paños cenicientos,  
 Y olfateando por la estepa van los lobos  
 Convidados al festín de los espectros  
 Con los brazos formidables extendidos,  
 Taciturnos y siniestros—  
 Con los ojos entornados y bravíos  
 Yacen mudos, en hileras, los fantásticos guerreros.»  
 La princesa desde lo alto del palacio silencioso  
 Ve avanzar, entre las brumas, rapidísimo trineo,  
 Que parece un albo cisne deslizándose en la espuma,  
 Que parece un albo cisne de la nieve á los reflejos:  
 —¡Allá viene! . . . la princesa dice trémula de gozo,  
 Entrelaza con marinas verdes algas su cabello,  
 Baja en raudas espirales cien peldaños, y en la frente,  
 Y en los ojos y en los labios, besa al príncipe viajero.  
 —«¡Oh! mi pálida princesa, la de pupilas de ágata!  
 ¡Oh! mi virgen prometida, lirio cándido del yermo!»—  
 Y doblando la rodilla, la contempla largamente  
 El príncipe enamorado de la Thule de los sueños.

\*  
 \* \*

Es la noche de las bodas. Se oyen músicas alegres.  
 El palacio se ilumina. Se oyen músicas extrañas.  
 En su trono, como un ídolo, entre pieles deslumbrantes,  
 En su trono, como un ídolo, está el lívido monarca.  
 Brilla el ojo en su ancha frente, como lágrima de fuego,  
 Como roja estalactita sobre el borde de una fragua;  
 Brilla el ojo en su ancha frente, y en el puño agita un cetro  
 Que parece la desnuda lama tersa de una espada.  
 La princesa viste un manto de hiperbóreas zibelinas  
 Y en profusas, crespas ondas, cae su cabellera de ámbar,  
 Cual un nimbo de oro virgen—luce fúlgida diadema  
 Que, sobre un áspid de acero, cierra una sola esmeralda,  
 Viste el príncipe gallardo suave túnica tejida  
 En la rueca de las Willis con finos hilos de plata;  
 Luce al flanco agudo estoque, y al cinto lleva pendiente  
 Un puñal en cuyo pomo brilla un carbunco de llama.

\*  
\* \*

Oso blanco, ¿en qué meditas? ¿Por qué ruges? ¿Por qué tiembles  
 Como el pino estremecido por las ráfagas heladas?  
 ¿Por qué gimes, y en el fondo de tus ojos amarillos  
 Cruzan fosfóricas luces, como enloquecidas ascuas?  
 ¿Por qué corren de tus ojos, como azufre derretido,  
 Gotas hirvientes del llanto que calcinan tus entrañas?  
 ¿Por qué oprimes en la roca tus riñones formidables?  
 ¿Por qué afilas en la roca tus agudas, fieras zarpas,  
 Y son roncós y profundos los gruñidos de tus celos  
 Y parecen jabalinas tus melenas erizadas?....

\*  
\* \*

Rápido el oso imagina  
 Su venganza. Con aliento  
 De titán enfurecido  
 Hunde las garras, colérico,  
 Del palacio en las enormes  
 Frustas mesetas de hielo;  
 Sus colmillos, cual puñales,  
 Clava en los duros cimientos,  
 Y las músicas alegres  
 Que conduce el vago viento  
 En él aumenta la horrible  
 Fiebre voraz de los celos:  
 Y redoblan sus angustias,  
 Y redoblan sus esfuerzos,  
 Y en él rugen los furores  
 Inextinguibles, eternos,  
 De un demonio encadenado  
 En el fondo del infierno.

\*  
\* \*

¡Ved.... los altos muros tiemblan.... Se oyen ásperos crujidos,  
 Se oyen coros de terribles maldiciones y amenazas,  
 Voces trémulas de angustia, gritos trágicos de ira,  
 Y lamentos que asemejan dolorosas carcajadas.  
 Ved!.... los altos muros tiemblan!.... y el palacio se derrumba  
 Con estrépito en las mudas, en las tristes ondas glaucas.

\*  
\* \*

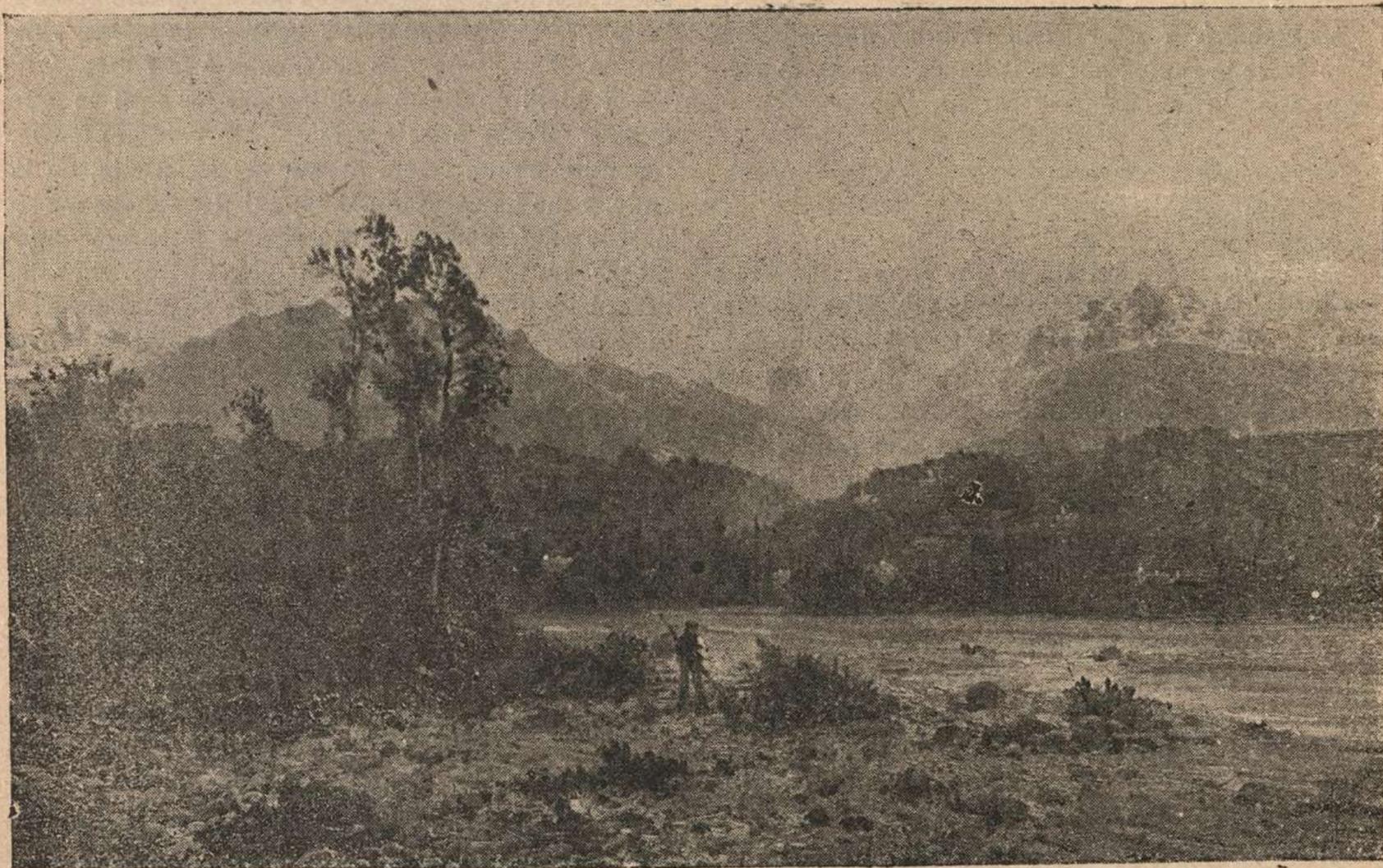
Brilla exangüe el plenilunio con el rostro de una muerta,  
 Sólo turban el silencio los petreles y las alcas,  
 Y las morsas, que se ríen por sus dos colmillos largos,  
 Como el huso de las brujas esquimales de Groenlanda.  
 Cruzan voces nunca oídas, cruzan susurros ignotos,  
 Que dijéranse apagados balbuceos de fantasmas....  
 Extendido sobre un témpano, melancólico y adusto,  
 Extendido sobre un témpano semejante á una mortaja,  
 Torva esfinge de los hielos acechando el horizonte  
 En las lúgubres, silentes, pavorosas noches árticas,  
 Está el oso enamorado de la divina princesa,  
 Amargando el mar salobre con el nitro de sus lágrimas.

\*  
\* \*

Se alza, á veces, del obscuro fondo insomne del abismo  
 El tañido quejumbroso de invisibles campanarios,  
 Que parecen siderales armonías misteriosas  
 O la voz de alguna estrella que en el cielo está cantando,  
 Y se ve surgir—envuelto por unánimes alburas—

Como surgen los nelumbios temblorosos de los lagos—  
 En el rosa moribundo de las lontananzas gélidas,  
 Como el alma de las nieves ascendiendo en el espacio,  
 Un gran ángel, con las alas luminosas extendidas,  
 Un gran ángel, todo blanco... todo blanco... todo blanco.

LEOPOLDO DÍAZ.



PIC DU MIDI-GOTHSCHALK.

## LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN.

I

¡Mala suerte! Oscar era su nombre de pila, y Lapissotte el de su familia; era pobre, sin talento y se creía un hombre de genio.

Su primer cuidado, al entrar en la vida, había sido adoptar un pseudónimo; el segundo adoptar otro; y así sucesivamente, durante diez años; hizo uso de todos los vocablos fantásticos que pueden imaginarse para despistar la curiosidad de sus contemporáneos.

Pero esta curiosidad que fingía él temer y que, por el contrario, ansiaba con todas sus fuerzas, no trataba de iluminar las espesas nieblas de su existencia. Con todos sus nombres de adorno, ora se llamase *Jacques de la Mole*, *Antonie Guirland*, *Tildy Bob*, *Gregorius Hanpska*, bien se ocultase bajo desinencias nobles ó villanas, extranjeras, románticas ó modernas, no por eso dejó de permanecer el más desconocido de los plumíferos, el más

oscuro de los desconocidos y el más pobre de los literatos.

La gloria no venía á él.

—*E pur si mouve!* Tengo aquí algo! se decía con convicción, hiriendo con su dedo en el armazón huesoso de su cráneo, que encontraba profundo porque sonaba hueco.

No se podría creer á qué aberraciones puede llevar la vanidad literaria. Hay hombres de verdadero talento á quienes ha arrojado en inconcebibles ridiculeces, y aun á quienes ha inducido á cometer actos vergonzosos y odiosos. ¿Qué será, pues, cuando atormenta á un miserable de nulidad patente? La paciencia agotada, el orgullo herido, la impotencia demostrada, una existencia perseguida por una esperanza inútil y tenaz: no hace falta tanto para producir la idea de acabar por un suicidio ó para salir por un crimen.

Oscar Lapissotte no era bastante valiente para elegir la muerte. Por otra parte, sus pretensiones á la

superioridad intelectual encontraron un pasto en la resolución de un crimen.

Se dijo, en efecto, que su genio había elegido hasta entonces, un mal camino, al dedicarse á los sueños del arte, y que estaba destinado á las violencias de la acción. Además, el crimen traería consigo una fortuna, y la riqueza pondría, al fin, de relieve este espíritu trascendente que vegetaba en la pobreza. Artística y moralmente, el desconocido se convenció, pues, de que era necesario cometer un crimen.

Lo cometió. Y como si la realidad hubiese querido darle la razón, por la primera vez en su vida hizo una obra maestra.

## II

Diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapissotte había vivido en el sexto piso de una casa de la calle de San Dionisio. Perdido en medio de una treintena de inquilinos, conocido únicamente por uno de sus numerosos pseudónimos, había sido el amante de una vieja criada charlatana, que le refería todos sus asuntos. Servía á una viuda, muy anciana y bastante rica. Por lo demás, él no permaneció en esta casa más de un mes.

Una tarde, que acababa de dejar á uno de sus amigos, interno en la Piedad, al pasar por una sala, reconoció á la criada, moribunda. Le dijo que no estaba en casa de la viuda, desde hacía tres semanas, que su puesto había sido ocupado por una asistenta, y que su ama se encontraba demasiado enferma para venir á visitarla, lo que era muy sensible.

—Ya me lo explico, dijo Oscar. Tendrás muchas ganas de verla, ¿no es así?

—¡Oh! No es por eso. Es que tengo miedo, si muero aquí, de que la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie, después de muerta.

—¿Y por qué había de despreciarte?

—Escuche usted. Le voy á decir toda la verdad. Usted fué mi amante, pero hace mucho tiempo que todo esto pasó. Puedo decirle que he tenido otros amores. ¿No me ha de tener usted rencor, verdad? Además, usted sabe que yo no era la que necesitaba. Usted es un artista, un hombre de mundo. Fui su amante de paso, sin importancia. Pero hay en la casa un hombre que es de mi misma condición, un cochero, y si la señora lo supiese, sería mi perdición. ¡He cometido por él tantas malas acciones! ¡Ah, miserable! Yo estaba loca. El es el padre de mi hijo; por éste he pasado por donde él ha querido. Me prometía siempre reconocer al niño y casarse conmigo. Ahora veo que todo era una burla, pero no importa. Mi niño no será desgracia lo con lo que yo deje, y la señora es bastante buena para cuidarlo. Porque he escrito á la señora que tengo un niño. Tengo la carta aquí, bajo mi almohada, y quiero que se la entreguen cuando yo no exista, pero únicamente si se queman antes mis papeles. Porque de lo contrario, me tragaría mejor mi carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No

tendría compasión por el pequeño, si supiese que es el hijo de una miserable, de una ladrona.

—Vamos, vamos, querida amiga, dijo bruscamente Oscar; explíqueme usted mejor la situación. Habla usted demasiado precipitadamente, baraja usted todo y es necesario que me ponga al corriente, con claridad, si es que quiere usted que la haga algún servicio. Yo no pido otra cosa, si es posible; pero necesito entenderlo todo bien.

En este momento, Oscar Lapissotte no pensaba en crimen alguno. Se dejaba sencillamente arrebatado por la curiosidad de un hombre de letras, olfateando una novela y se preparaba á la copia.

—Y bien! continuó la enferma, he aquí lo que ocurre. Trataré de ser clara. He caído enferma, repentinamente, de un ataque de apoplejía, en la calle, y me han traído al hospital. La señora me ha dejado aquí, porque no ha podido hacerme transportar. La he escrito y me ha respondido. Su asistenta ha venido á verme de parte suya. Pero ni á la señora, ni á la criada he podido hablar de lo que me atormenta. Tengo un paquete de cartas del cochero, ya sabe usted, del padre. Las cartas están llenas de malas acciones, robos que me aconsejaba y palabras de reconocimiento cuando yo los había cometido. Sí, por él he robado á mi señora. Hubiera hecho bien en quemar estas cartas malditas. Pero también había dentro de ellas caricias y promesas de matrimonio, y seguridades de que reconocería al pequeño. Por eso las guardaba. Un día, el tunante me amenazó con cogérmelas para comprometerme. Le negué dinero y me dejó entender que, una vez dueño de los papeles, haría de mí todo lo que él quisiera. Tuve un miedo horrible, y, por lo mismo, no quise separarme de mis cartas. Para ponerlas en lugar seguro, pedí permiso al ama para confiarla algunos papeles de familia, que tenía yo en mucha estima, y de este modo conseguí guardar mis cartas en su *secrétaire*. La señora me dió un cajón para mí, con su llave. Sé muy bien que podría decirle que tengo necesidad de estos papeles. Pero desconfío de la asistenta. Por palabras que ha soltado, creo adivinar que ella está ahora en relaciones con el cochero. Es un embustero, le digo á usted. Y si la engaña á ella, es para tener el paquete, que sabe en dónde se oculta. Ya comprende usted mi situación. ¡Oh, si usted fuese tan bueno... No lo merezco, es verdad; pero sería muy hermoso por parte de usted, si me quisiera hacer este favor.

—¿Cuál favor?

—Traerme mis cartas.

—¿Pero cómo quiere usted que las tenga?

—Es muy sencillo. Todas las noches, á las diez, la señora toma su cloral para dormirse, y en este momento duerme muy bien. Durante este tiempo, la asistenta no está allí, porque se va á las siete, después de la comida. Ya comprenderá usted que la señora no le ha dicho que toma cloral, por temor á ser robada. No me lo ha dicho más que á mí, en quien tenía plena confianza, la pobre! Y bien, usted entra entonces, ella no oirá nada, y puede usted salir, trayéndome las cartas. La casa tiene dos puertas. Por la escalera de servicio, el portero no se enterará de nada. ¡Oh! Haga usted esto por mí, dígame que sí!

—¡Pero usted está loca! Y el *secrétaire*, ¿cómo abrirlo? ¿Y la puerta del departamento, cómo pasar?

—Tengo otra llave del *secrétaire*. La hice fabricar para robar á la señora, ¡qué vergüenza! Aquí está la llave con la de mi cajón. Aquí tiene usted también la llave para entrar por la cocina, por la escalera de servicio. Se lo ruego á usted. No sé por qué, pero tengo confianza en usted; estoy segura de que hará esto, para que yo muera en paz.

Oscar Lapissotte tomó las llaves. Tenía los ojos fijos. Una repentina palidez cubría su rostro. Contracciones nerviosas agitaban el pliegue de sus labios delgados. Repentinamente se le aparecía la ocasión del crimen. Muerta aquella mujer, y todo era fácil de llevar á cabo.

—¡Me ahogo! ¡me ahogo! prorrumpió la enferma, á quien su larga confianza había agotado. ¡Deme usted de beber!

La pieza se encontraba en la sombra, vagamente iluminada por una veladora. En las camas vecinas todo el mundo dormía. Oscar levantó la cabeza de la enferma, tomó la almohada y se la puso en la boca, en donde la mantuvo con puño de hierro durante diez minutos. Tuvo el horrible valor de aguardar, con el reloj en la mano.

Cuando descubrió el rostro, la enferma estaba asfixiada. No había podido hacer un movimiento, ni dar un grito. Parecía haber sucumbido á un golpe de sangre. Volvió á poner la almohada bajo la cabeza, arregló la ropa de la cama debajo del cuello. El cadáver tenía el aspecto de una persona dormida.

La cama de la criada se encontraba bastante cerca de la puerta; el asesino salió sin hacer ruido. Deslizóse por el corredor de los internos, pasó por una poterna de la calle de la Piedad y se encontró fuera, sin haber sido visto por nadie.

Eran las nueve y veinte minutos.

Sin pérdida de tiempo, enardecido por ejecutar su plan, el miserable se dirigió á grandes pasos á la calle de San Dionisio.

En el camino maduró el plan.

Penetró primero en la cuadra, en donde deberían encontrarse todos los arreos del cochero. Tomó una corbata, desgarró un pedazo y se lo puso en el bolsillo.

Después subió por la escalera de servicio, salvando los escalones de cuatro en cuatro. Era en el primer piso y podía franquear los dieciocho escalones sin temor de ser visto.

Abrió la puerta, entró sin ruido, llegó á la recámara é inmediatamente estranguló á la vieja que dormía. También allí tuvo la sangre fría de mantener la garganta apretada, durante un cuarto de hora.

Abrió en seguida el *secrétaire*. En el cajón grande de enmedio, había acciones y obligaciones; en el cajón de la izquierda, billetes de banco; en el de la derecha, rollos de lises. Hizo un paquete de los títulos al portador y dejó los demás. En junto, títulos, oro y billetes, había ciento cuarenta mil francos, que se los metió en el bolsillo.

Se ocupó en seguida de las letras. Las encontró

en un rincón, en lo alto, en donde la criada le dijo que estaban.

Las quemó en la chimenea, pero teniendo cuidado de dejar intactos los fragmentos más comprometedores para la criada y para el cochero. Algunos, solamente, bien escogidos, bastaban para reconstruir toda la historia del niño, de las exhortaciones al robo, de los hurtos cometidos. Los puso á la vista, admirablemente arreglados para hacer creer que las cartas habían sido quemadas apresuradamente y que el autor del crimen se había alejado antes de que estuviesen completamente consumidas.

Colocó—desgarrándolo—el pedazo de corbata en la mano derecha, cerrada y crispada de la muerta.

Salió entonces, se lanzó como un relámpago hasta la calle, y en seguida se puso á caminar con el paso tranquilo y distraído de un transeunte pensativo.

Decididamente, Oscar Lapissotte no se había engañado al creerse un hombre de genio: poseía el genio del crimen y había trabajado como un maestro.

### III

Un crimen, en efecto, no es verdaderamente una obra maestra sino cuando el autor queda impune. Por otra parte, la impunidad no es completa sino cuando la justicia condena á un falso culpable.

Oscar Lapissotte obtuvo la impunidad completa.

La justicia no vaciló un instante para encontrar al asesino. Evidentemente era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Quién otro sino el cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las circunstancias favorables al crimen? ¿Quién otro sino él podía tener las llaves? ¿No había comenzado por robar á la viuda, de acuerdo con la criada? ¿No era lógico que hubiera franqueado el paso que separa el robo del asesinato? Por otra parte, el pedazo de corbata lo acusaba con toda claridad. Por colmo de desdichas, el cochero tenía malos antecedentes. Como última circunstancia agobiante, no pudo justificar el empleo de su tiempo en la hora fatal. En vano negó, protestó su inocencia: todo estaba contra él, nada hablaba en favor suyo.

Fué juzgado, condenado á muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el defensor, los periódicos, el público, estuvieron de acuerdo, conservando la conciencia tranquila á este respecto. No quedó más que un punto obscuro en este asunto: la fortuna, que nunca se pudo encontrar. Se creyó que el miserable la había ocultado en lugar seguro, pero nadie dudó que él hubiese robado.

En suma, si alguna vez ha existido criminal reconocido como culpable de su crimen, fué éste.

### IV

Se dice que la conciencia de una buena acción da una paz profunda. Pero pocas gentes han tenido el atrevimiento de decir que la impunidad de una mala acción procura también su felicidad. Barbey d' Auvilly, entre sus admirables *Diabólicas*, no

ha temido escribir una novela titulada «La dicha del crimen,» y ha tenido razón, porque los malvados conocen la serenidad.

Oscar Lapissotte pudo gozar en toda paz de su doble asesinato y saborear los frutos de él, en una absoluta tranquilidad. No experimentó remordimientos ni terrores. La única cosa que lo turbaba y que se acrecentó poco á poco, fué un inmenso orgullo.

Orgullo de artista, sobre todo. Lo que le hizo olvidar toda consideración moral, fué precisamente la perfección de su obra, y el sentimiento que tenía de no haberse hecho acreedor á ningún reproche.

En esto, únicamente, encontró su sed de superioridad motivo de beber hasta la embriaguez.

En todo lo demás, permaneció un hombre mediocre, oscuro, justamente desconocido. Trataba en vano de aprovecharse de su fortuna para abrir la puerta de los periódicos y de las revistas; en vano también se esforzaba en obsequiar á la crítica: no conseguía hacerse escuchar del público. Sus versos, su prosa, sus ensayos escénicos, tenían el sello de la nulidad. Las personas del oficio conocían á Anatolio Desroses, el aficionado á las letras que tenía más rentas que talento; pero los lectores se burlaban de todas sus rentas, y todo el mundo estaba de acuerdo en negarle la más pequeña brizna de ingenio. Estaba él plenamente convencido de su impotencia.

Y sin embargo, se decía muchas veces, con un relámpago en los ojos, y sin embargo, si yo quisiera. . . . Si yo refiriese mi obra maestra! porque yo he hecho una obra maestra. No hay duda en esto. Anatolio Desroses es quizás un cretino, sea; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. Es terrible pensar que una cosa tan bien imaginada, tan poderosamente concebida, tan vigorosamente ejecutada, realizada de modo tan completo, ha de permanecer desconocida eternamente. ¡Ah! Aquel día si tuve inspiración, la verdadera, la inspiración que hace las cosas perfectas. ¡Dios mío! El abate Prevost ha garrapateado más de cien novelas detestables y no ha escrito más que una «Manon Lescaut.» Bernardino de Saint Pierre no dejará más que «Pablo y Virginia.» Hay muchos de estos genios singulares que no producen más que una sola obra. Pero también ¡qué obra! Esta queda como un monumento en la literatura. Yo pertenezco á esta familia de espíritus. No he hecho más que una cosa hermosa. ¿Por qué la he vivido, en vez de haberla escrito? Si la hubiese escrito, sería célebre. No tendría sino un cuento que enseñar, pero todo el mundo lo desearía leer, porque sería el único en su género. He hecho la «obra maestra del crimen.»

Esta idea se convirtió, á la larga, en una obsesión.

Durante diez años luchó contra ella. Se dejó devorar, primeramente, por la pena de no haber substituido la imaginación á la acción; después por el deseo de referir la acción como producto de la imaginación. Lo que lo perseguía no era el demonio de la perversidad, este poder singular que impulsa á los personajes de Edgar Poe á gritar su secreto; era únicamente una preocupación literaria: la necesidad de fama, el deseo de gloria.

Como un pertinaz consejero que rechaza una á

una todas las objeciones y que hace valer los argumentos capciosos, su idea fija le perseguía con mil razonamientos.

¿Por qué no escribes la verdad? ¿Qué temes? Anatolio Desroses se encuentra al abrigo de la justicia. El crimen es viejo. Ha sido olvidado por todo el mundo. Su autor es conocido; murió, y fué enterrado con la cabeza separada del cuerpo. Tu aparecerás como el arreglador artístico de una antigua historia judicial. Delinearás todas tus ideas oscuras, todos los rencores que has combinado para cometer el hecho, todas las circunstancias que te ha facilitado este maravilloso inventor que se llama el azar. Tú sólo estás en el secreto de la obra y nadie adivinará que has ido á tomarla á la realidad. No se verá en tu cuento más que el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Entonces serás el hombre que quieres ser, el gran escritor que se revela tarde, pero por un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen como criminal alguno ha gozado del suyo. Te habrás atraído no solamente la fortuna, sino también los laureles. ¿Y quién sabe? Después de este primer éxito, cuando tengas un nombre, harás que se lean tus demás obras, y se modificará, sin duda, la injusta opinión que de tí se tiene. En el camino de la celebridad, el primer paso es el único que cuesta. ¡Valor! Recobra algo de esta maravillosa osadía que has tenido un día en tu existencia. Observa qué buen éxito has logrado con ella. Pues tampoco dejaría de darte resultados ahora. Una vez has sabido tomar á la ocasión por los cabellos. La tienes nuevamente hoy entre tus manos. ¿La dejarás escapar? Tú sabes demasiado bien que la obra es hermosa, ¿no es verdad? Y bien, cuéntala sin miedo, sin ambages, orgullosamente, en todo su majestuoso horror. Y, y si quieres creerme, ve hasta el fin de tu orgullo, renuncia al pseudónimo, que aparece como nombre tuyo, y firma con tu nombre, que aparecerá como un pseudónimo. No es *Jacques de la Mole*, *Antoine Guirnard*, ni Anatolio Desroses, no es este montón de individuos sin talento á quienes harás célebre; eres tú, únicamente tú, Oscar Lapissotte.

Y un día, Oscar Lapissotte se sentó enfrente de un pliego de papel en blanco, con la cabeza ardiente, la mano febril, como un gran poeta, dispuesto á crear una gran cosa, y escribió la historia de su crimen.

Refería los miserables comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemio, sus multiplicados fracasos, su triste medianía, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que se agitaban en su cerebro, las rebeldías de un corazón que la quimera ha engañado y que desea vengarse de lo real, toda una novela de psicología penetrante, la anatomía de su espíritu. Después, en rasgos sobrios y de una terrible claridad, describía la escena de la calle de San Dionisio, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces, con una sutileza de detalles, curiosa y satánica, analizó las causas que habían decidido al autor á publicar su crimen, acabando por la apoteosis de Oscar Lapissotte, cuyo nombre escribió abajo de esta confesión.

(Concluirá.)

JUAN RICHEPIN.

## A LA MEMORIA

DE LA

SRA. D.<sup>a</sup> JUANA GONZALEZ DE VALENZUELA.  

---

Un pecho todo noble, una alma toda pura,  
Una radiosa frente y un santo corazón.  
Nimbada de virtudes cruzó la Selva Oscura,  
Como una luminosa y blanca aparición.

---

Probó de los dolores el cáliz de amargura,  
Y tuvo, respondiendo con frases de perdón,  
Un pecho todo noble, un alma toda pura,  
Una radiosa frente y un santo corazón.

---

Ya en una estrella mística su espíritu fulgura,  
Ya va por los senderos de la inmortal Sion  
La que era inmaculada en su divina albura,  
Un pecho todo noble, un alma toda pura,  
Una radiosa frente y un santo corazón.

*Ignacio Aguilar*



## HOMENAJE

### A LA SRA. JUANA GONZALEZ DE VALENZUELA.

Que las coronas sean tejidas y que el silencio llegue á los labios, porque el ruido más alto de las campanas y de los cantos no podrá despertarla; porque las lágrimas hondas, las que muy pocas veces ruedan, han brotado y corren como corre el viento que, sacudiendo árboles y ventanas, quiere también penetrar para acariciarla y perfumarse con esa flor única y rara: flor de bondad y de calma, flor de amor.

Que sean tejidas las coronas para la que no pudo ser sino amor, para la que olvidándose por completo de sí misma vivió sólo para los que amaba; para el que había escogido para hacerse suya, pero *suya* de una manera que no habrá vocablo en lengua alguna para expresar el valor. Ni el lirio más blanco, ni el ala más blanca, ni la luna más blanca dirán nunca la pureza con que fué suya.

Y mientras, que las lágrimas sigan corriendo pesadas y angustiosas como una agonía. Nunca serán suficientes para regar esas coronas que siempre deben vivir. ¿Y cómo serlo, si con ser tanto el dolor no ha podido vencer á la muerte?

La casa estaba alegre, sonrientes los labios infantiles y contentos los corazones: tal vez aún, las plantas y las flores y el arroyo se sentían felices, porque todo era tranquilidad y regocijo doquiera ella, porque la más grande de las dulzuras se desprendía de ella. Todo era tranquilidad y encanto, porque su voz calmaba como un bálsamo; porque su sonrisa de madre, tan plácida y bienhecho-

ra, acogía como un regazo ó un asilo; porque su mirada—mirada de quien nada teme y sólo desea aliviar—y que tenía reflejos de felicidad y de más allá, expresaba á un tiempo rectitud y consuelo; porque sus manos que se levantaban con unción sobre las cabezas de sus hijos, hablaban de piedad y de perdón; porque en toda ella comprendía uno amor.

Y muy lejos, al otro lado de la ribera de la vida, pero muy cerca de las almas, sus ojos tiernos velarán como Soles guardianes sobre los que amó y la lloran; sus manos se levantarán con la misma unción que aquí para guiarlos á la dicha cuyo camino ella conoce, y su pensamiento, amigo mío, su pensamiento todo castidad y dulzura, será para vd., como en los últimos momentos, cuando ya la muerte ciega á toda piedad, á toda súplica, la arrebató.

Bendita ella y feliz vd. que pudo poseerla. . . . . Hoy una racha helada ha soplado y la que amó las flores, como un lirio muy blanco se ha inclinado á la tierra donde una fosa se ha abierto, como en el alma de vd. se ha hecho un irreparable vacío. Los rostros no sonríen más, pero en cinco corazones vírgenes que se abren á la ternura, crecerá una flor hermosa como ninguna: su recuerdo, que ellos amarán como deben saber hacerlo los que tan amados fueron.

Su recuerdo, en el que estará encerrado todo lo que pueda representar ternura, bondad y grandeza de alma.

BERNARDO COUTO CASTILLO.